

Por el amor de una mujer

SUSAN FOX

¿Conseguiría que su matrimonio fuera verdadero?

Oren McClain sabía que Stacey Amhearst no tenía más remedio que aceptar su matrimonio de conveniencia. Pero Stacey estaba secretamente enamorada de él y estaba dispuesta a hacer lo posible para que el matrimonio funcionara. ¿Conseguiría ser la mujer de McClain en algo más que el nombre?



Susan Fox

Por el amor de una mujer

Jazmín - 1885

ePub r1.0
LDS 27.11.16

Título original: *Bride of convenience*
Susan Fox, 2004
Traducción: Juan Larrea Paguaga
Publicado originalmente: Mills and Boon Tender Romance (MTR) - 260 / Harlequin Romance (HR) - 3788
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

Estaba arruinada. Vestía con la misma elegancia de siempre, esa vez el lujoso modelo era de un impecable color azulón tornasolado que realzaba su pelo rubio y su cuerpo perfecto. Parecía millonaria, pero apenas tenía unos miles de dólares.

Había ido allí a cambiar esa situación.

En el pasado, Oren McClain ya se había hecho cargo de algunos proyectos fallidos. Casi siempre ranchos o caballos maltratados. Tenía cierto don para ver las posibilidades de algunos fracasos o seres inadaptados. La gestión acertada o la reconversión o el respaldo podían dar unos beneficios apreciables u ofrecer algo de valor.

La esbelta rubia que había al otro lado de la habitación tenía alguna de esas posibilidades que siempre le habían llamado la atención. Podía notar que estaba serenamente desesperada a la vez que apuraba otra copa de vino.

Los demás asistentes a la multitudinaria fiesta estaban demasiado concentrados en sí mismos como para observar la tristeza hermética de aquellos ojos azules. Ninguno de ellos se habría dado cuenta de que su talento para conseguir que los camareros se acercaran a ella para cambiar discretamente la copa vacía por una llena era en parte porque necesitaba anestesiarse de la aburrida pretenciosidad de ese festejo tan elitista. Quizá ella estuviera demasiado angustiada como para darse cuenta, pero él sabía que acabaría haciéndolo. Si fuera necesario, estaba dispuesto a decírselo con toda la franqueza posible. Esos ojos encantadores

encerraban una inteligencia cautelosa y el desaliento propio de una mujer aburrida de una vida superficial y sin sentido. Una vida que había estropeado y absorbido casi todo lo que merecía la pena de ella. Era lo que ocurría cuando la vida no tenía más obstáculos que los que se podían salvar con la belleza y una sonrisa encantadora. O una generosa propina.

Era evidente que le abrumaba que su vida superficial y privilegiada se acercara rápidamente a su fin. Oren McClain estaba seguro de que era uno de los pocos que sabían que para Stacey Amhearst, los días que le quedaban de intercambios de sonrisas y belleza, como los de propinas generosas y convincentes, no llegarían a sumar ni siquiera una semana.

Sin embargo, ella sí lo sabía. Por eso tenía ese aspecto distante y reservado. Además de aterrado.

Había aprendido mucho de sí misma durante los últimos meses y aquello no era una elucubración gratuita. Estaba realmente arruinada. Su espacioso piso y las exquisitas cosas que había en él tenían los días contados. Todos los esnobs ricos y hermosos que la rodeaban se enterarían pronto de la cruda verdad. Las invitaciones escasearían. La mayoría dejaría de contestar a sus llamadas. Los mayordomos y doncellas le darían excusas para no dejarla entrar. Sería el tema de conversación de todos mientras hacían aspavientos de espanto como si quisieran alejar de sí mismos la posibilidad de una desgracia tan inimaginable.

La mayoría estaría ansiosa de olvidar su caída y seguir adelante. Como si olvidándola rápidamente se vacunaran contra el riesgo de contraer un destino tan pavoroso; el de la mala suerte, las malas inversiones o las fortunas dilapidadas que llevaban a la pobreza y a la vergüenza de que tus iguales te dieran la espalda.

Algunos hombres, solteros o casados e infieles que apreciaban la clase, la educación y la belleza, podrían acercarse a ella para ofrecerle algún tipo de acuerdo, respetable o no, pero fracasarían. Él se ocuparía de ello.

Oren McClain no había vuelto a Nueva York después de tantos meses por un asunto nimio. Hacía algunas semanas que se había enterado de la situación, pero se había mantenido alejado y había esperado a que una yegua purasangre y malcriada perdiera algunas carreras importantes para aparecer y quedarse con ella por cuatro

perras.

La potranca de elegante zancada que lo había embelesado y enardecido; que se había reído de su propuesta de matrimonio y no lo había tomado en serio; que había pensado que las ofertas que él le había hecho no eran más que exageraciones de un paleto texano demasiado alterado por su libido como para poder decir la verdad sobre lo que podía ofrecer a su esposa.

Quizá en ese momento ella lo viera de otra forma. Al fin y al cabo, a la semana siguiente tendría que ir a alguna parte, Texas sería un sitio tan bueno como cualquier otro para una mujer que había perdido su vida privilegiada y estaba a punto de verse rechazada por los suyos.

Una vez allí, cuando hubiera aprendido algo sobre lo que era una vida satisfactoria y útil, quizá llegara a amarlo.

Oren McClain se acercó cuando ella había terminado la copa de vino y ya había localizado a un camarero para hacerle un gesto sutil.

Como fiesta de despedida, era un fracaso absoluto. Quizá lo fuera porque pocos sabían que era una fiesta de despedida. Podía haberse quedado en casa, pero Stacey Amhearst rechazó la idea inmediatamente. Era deprimente. Ya no podía fingir que era la noche libre de la cocinera ni que el mayordomo se había ido a ver a su madre enferma. Había ido allí en busca de consuelo y comida aceptable.

Había comida, pero poco consuelo. ¿Qué había esperado? ¿Que sus amigos obsesionados con los linajes la hubieran rodeado y se hubieran ofrecido para recaudar fondos con una subasta? Se habría tirado a las ruedas de una limusina si alguien que no fuera uno de sus más íntimos se hubiera enterado de su situación antes de que el jueves terminara su alquiler.

¿Era preferible vivir un desagradable exilio económico en alguna parte o que todos pensaran que había muerto trágicamente, pero rica? Abandonó la idea del limocidio cuando comprendió que después todos sabrían que estaba en la miseria.

En realidad, había tenido ciertas esperanzas de que esa noche algún hombre suficientemente rico la hubiera enamorado y la hubiera llevado a Las Vegas para casarse con ella. Su reputación para gastar dinero la habría ayudado a disimular un par de

estratagemas para conseguir fondos. Al fin y al cabo, tenía mucha ropa cara que no se había puesto en público y alguna incluso tenía todavía las etiquetas. Con un poco de imaginación le resultaría fácil hacerla pasar por ropa nueva. Si su conciencia se lo permitía a su orgullo.

Sin embargo, uno de los inconvenientes de tanta sofisticación era que entre las pocas personas de su círculo que se casaban a su edad, la ceremonia ostentosa, con todas sus caras tradiciones, era un requisito fundamental del primer matrimonio.

Además, esa noche no había ni un solo hombre soltero que ella no hubiera tachado mentalmente de su lista de posibles maridos, así que no habría viaje a Las Vegas.

La depresión y la mala sangre habían hecho que sólo le quedaran ganas de llenar el estómago con comida deliciosa y de aturdirse con vino exquisito. Nunca le habían interesado las bebidas alcohólicas de ningún tipo y rara vez bebía. Hasta aquella noche. Era su fiesta de despedida. Era la última juerga de su calendario social antes de quedarse sin dinero y sin casa.

Entonces lo vio.

Al principio, el altísimo y brutalmente masculino ranchero de Texas le pareció un fantasma que habían conjurado, para atormentarla, el miedo y la desesperación.

Se merecía que el recuerdo de él la atormentara. No lo había tratado especialmente bien, pero él la había alterado. Su virilidad palpable y las cosas que ella había sentido eran tan amenazantes que había tenido que protegerse.

Se arrepentía de haberlo rechazado sin más. Había intentado tranquilizar su conciencia diciéndose que era demasiado honrado y franco, demasiado auténtico para ella. Un hombre auténtico como él se daría cuenta de que ella era demasiado frívola e incapaz de dirigir su vida. ¿Cómo reaccionaría un hombre así cuando se diera cuenta? Ella no podría soportar su opinión negativa. Prefería que pensara que era una esnob a una fracasada.

Lo que era peor, ¡tenía un rancho con ganado en algún rincón polvoriento de Texas! Ella no serviría para nada y se aburriría como una ostra. Lo único que habían tenido en común había sido esa atracción física incontenible que tanto la había asustado.

Ninguno de sus amigos sabía que no era tan sofisticada en el

terreno sexual como ellos. En realidad, era tan poco sofisticada que tenía veinticuatro años y seguía siendo virgen. Había sido bastante feliz mientras esperaba al hombre de su vida y a la noche de bodas, aunque casi todos sus amigos se habrían reído de algo tan anticuado.

Entonces, conoció al vaquero y la abrumó tanto que se quedó espantada. Nunca habló con nadie de él porque sabía que se habrían burlado de ella porque era un ranchero de Texas o porque era tan viril y poco refinado o porque la había impresionado tanto que le había entrado el pánico.

¿No lo había conocido en otra fiesta de Buffy? Había sido hacía algunos meses y había hecho lo posible por olvidarlo. Por eso le sorprendía tanto pensar en él en aquel momento. Él había sido el invitado de alguien, pero Stacey no podía acordarse porque no había prestado atención cuando los presentaron. Su cerebro se fundió y sólo tenía ojos para el animal macho. Todo lo demás se desvaneció.

Stacey miraba a la alucinación, admiraba el elegante corte del esmoquin negro, notaba que el pulso se le aceleraba y se daba cuenta de que por primera vez desde hacía mucho tiempo el corazón le latía con tuerza de la emoción y no del miedo.

McClain, todavía se acordaba de su nombre, no era guapo, pero era impresionante y tenía una masculinidad que los demás hombres sólo podían soñar. Observar a su alucinación acercarse era tal placer que no dio el sorbo de vino que estaba a punto de dar.

Su alucinación se paró delante de ella y le quitó la copa de los dedos para dejarla en la bandeja que había llevado el camarero. Con la otra mano la sujetó de la cintura y ella notó una sacudida que le dijo que él era real.

El vaquero estaba allí.

Era altísimo, delgado y duro como una roca. Ella volvió a darse cuenta de que no era guapo en absoluto y de que sus rasgos rudos tenían un tono bronceado que recordaba a los de los indios, como lo hacía su pelo un poco largo y negro. Los ojos eran negros y brillantes y entonaban perfectamente con su color de piel y con la costosa tela del esmoquin.

Su voz era grave y profunda y evocaba imágenes muy sugerentes de una noche sensual en la cama.

—He estado esperando para bailar contigo, cariño.

Stacey tuvo la sensación de que la habitación se balanceaba ligeramente mientras él la llevaba diestramente a un rincón junto a la puerta. No importaba lo más mínimo que fueran los únicos que bailaban la delicada melodía que interpretaba un pianista en el otro extremo de la habitación.

Súbitamente, como la otra vez, fueron las dos únicas personas en el universo y Stacey sintió que la cabeza le daba vueltas por la idea. ¿Estaba bebida o la presión y la angustia habían hecho que se quebrara?

El calor que él transmitía era abrasador y la dureza pétrea de su enorme cuerpo hacía que le temblaran las rodillas. La mano que la tomaba de la cintura se apoyaba atrevidamente en lo más bajo de su espalda y el placer de encontrarse estrechada entre su mano y su cuerpo era casi erótico.

—¿Cómo… has venido?

Estaba tan aturdida que no estaba completamente segura de que él estuviera allí, pero su nombre se abrió paso entre la perplejidad: Oren. Era un nombre sureño. Un nombre apropiado para un vaquero, pero espantosamente pasado de moda.

Él sonrió levemente.

—Por el sistema habitual: una camioneta, dos aviones, un taxi y luego otro taxi.

—¿Cómo has venido a la fiesta?

Lo dijo delicadamente y con aire perplejo. Él la complació y ella no apartó los ojos de Su boca.

—Como la última vez. Soy el invitado de un invitado.

Stacey le daba vueltas a la idea de las segundas oportunidades y estuvo a punto de no oír lo que él añadió. Además, estaba mirándolo mientras bailaban lentamente y el aturdimiento era mayor.

—He venido a Nueva York para verte —añadió él.

Aquellas palabras fueron como música celestial durante unos segundos, pero luego adquirieron un regusto amargo. ¿Qué habría pasado si ella hubiera aceptado su disparatada propuesta de hacía unos meses? No tenía suficiente claridad de ideas como para enumerar todos los espantos y desastres que se había ahorrado, pero ella sabía que si se hubiera casado con él, por lo menos la

pérdida de su fortuna no le habría supuesto ni una mínima parte de la vergüenza por la que estaba pasando. Por lo menos, no estaría a seis días vista de encontrarse en la calle.

—Ah, ¿por qué?

La pregunta sonó un poco desesperada porque era el principio de las preguntas que le rondaban la cabeza: «Ah, ¿por qué no me casé contigo?» o «Ah, ¿por qué fui tan idiota?».

—Quería ver si todo te iba igual.

Sus palabras la estremecieron. Bajó la cabeza y se encontró con la mirada clavada en la camisa que se veía entre las solapas del esmoquin. Los ojos le escocían y se mordió los labios para contener la emoción que estaba a punto de desbordarla.

Él siguió hablando como si no hubiera notado nada.

—Pensé que podría pasar unos días por aquí y salir contigo, saber lo que piensas ahora… A no ser que tu respuesta siga siendo negativa.

Stacey se dio cuenta de que le había apoyado las manos en el pecho y de que habían dejado de bailar. Aun así, tenía la sensación de seguir bailando, porque la habitación se movía.

—Creo que no me encuentro bien.

Salió. No se le ocurrió nada más que decir. En parte porque era verdad, pero también porque tenía que haberle dicho que no había cambiado de opinión o que seguía sin poder adaptarse a una vida con él.

Cualquiera de las dos cosas lo habrían desanimado y habría sido más considerado decepcionarlo de una vez que esperar a más tarde. Sin embargo, llevaba tanto tiempo anhelando un alivio o una liberación, que no pudo rechazar automáticamente esa tabla de salvación.

En ese momento empezó a sentir remordimientos, a pesar del aturdimiento por el vino. No fue un remordimiento muy acusado, pero prometía serlo. Sobre todo cuando había surgido un instinto de supervivencia y se había dado cuenta de que podría aceptar casi cualquier cosa con tal de no tener que pasar por apuros económicos.

Él había dicho que era rico; que tenía un rancho y pozos de petróleo; que podía ofrecerle joyas y trapos de marca…

De repente se acordó de que él había dicho todo eso. Los había llamado «trapos». Eso la conmovió entonces y recordarlo le

conmovía en ese momento. Le conmovía tanto que quiso proclamar a los cuatro vientos la candidez de aquel machote grande y tosco que parecía sinceramente encaprichado de ella y que le había ofrecido, con sencillez y delicadeza, todo lo que ella necesitaba para ser feliz.

Joyas y trapos de marca… Como si le ofreciera la luna a una mujer a la que reverenciaba como a una reina, pero que era una mujer que estaba tan lejos socialmente que él no entendería que una esnob pretenciosa como ella jamás se pondría unos trapos de ningún tipo ni se casaría con un vaquero.

Ella no podía evitar acordarse de que la había tratado con delicadeza y deferencia, como si mereciera respeto, mimo e, incluso, adoración. Ella no se había merecido nada de eso en aquel momento ni se lo merecía en ése. Él era demasiado bondadoso y sincero para ella, demasiado delicado y candido. Era demasiado honrado y se merecía mucho más que una tonta inútil como ella.

Agarrarse a aquella tabla de salvación era tentador, irresistiblemente tentador, y podía hacerle creer que quizá cambiara de idea sobre casarse con él, pero Stacey se dio cuenta de que no había caído tan bajo como para hacer eso. No podía aprovecharse de un hombre bueno para salvar su pellejo. Sería la más ruin de las mujeres si lo hiciera. Sobre todo en ese momento, cuando ya no tenía nada que darle a cambio.

—Oh, Oren, lo sien… —La habitación había dado un giro muy brusco—. No me siento bien —fue poco más que un hilo de voz, pero él lo oyó como si se lo hubiera dicho al oído.

La habitación seguía dando vueltas y ella se encontró aferrada a su costado mientras la sacaba de la multitud. Las rodillas apenas la sujetaban, pero la tenía firmemente agarrada de la cintura y nadie les prestó atención. Al menos, eso creyó ella.

Llegaron a la relativa tranquilidad del vestíbulo y se pararon.

—¿Estás mareada?

Ella tardó unos segundos en contestar.

—No.

Cuando lo dijo ya la había metido en el ascensor. Se cerraron las puertas y él la tornó entre sus brazos. Necesitó un momento para hacerse con su diminuto bolso de noche y metérselo en la faja del esmoquin, pero luego volvió a rodearla con los brazos y ella se

recostó cómodamente contra él.

—¿Tendré que llevarte o puedes ir en un taxi?

Stacey apoyó la mejilla en su pecho duro y cálido porque no podía sujetar los párpados. Estaba remotamente consciente cuando se paró el ascensor y se mantuvo de pie porque él se volvió para que ella se agarrara a su cintura. La sostuvo lo suficiente como para que albergara la ilusión de que podía andar por sus medios.

No estaba especialmente bebida, pero estaba aturdida, somnolienta y torpe. Aun así, no quería que nadie la sacara de allí. No quería que la última imagen que todo el mundo tuviera de Stacey Am —hearst fuera la de una mujer bebida a la que tenían que sacar del edificio. Bastante tenía con que dentro de unos días todos supieran que estaba arruinada.

Por lo menos, abandonar la fiesta con un desconocido alto y curtido sería un punto a su favor. Hasta que supieran de dónde era él y a qué se dedicaba.

La calidez de la noche le aclaró un poco las ideas. McClain la llevó hasta la fila de taxis que había en la acera. Ella se afianzaba con cada paso que daba, pero cuando llegaron hasta el primer taxi de la fila, pasaron de largo.

Stacey buscó algún otro taxi que él pudiera haber preferido, pero no había ninguno. Pensó que tendría una limusina, pero comprobó que tampoco había ninguna. Se detuvo sin entender nada.

—¿A dónde vamos?

—El paseo te vendrá bien —contestó él echando a andar.

—Son seis manzanas y debe de ser más de medianoche.

—Hace una noche preciosa.

Su ingenuidad era impresionante.

—Podrían asaltarnos.

Él esbozó una leve sonrisa para dejar claro que a un hombre como él no le impresionaba la delincuencia de la gran ciudad. Quizá tuviera razón. Era un hombre grande y de aspecto rudo, incluso vestido de esmoquin. Además, todo él decía que era mejor no molestarlo, lo cual disuadiría a los asaltantes que preferían víctimas más fáciles.

—Son seis manzanas —le recordó ella a la vez que se le sonrojaban las mejillas.

Lo había dicho con un tono un poco lastimero y mandón a la vez y todavía le quedaba suficiente juicio como para avergonzarse de eso ante un hombre como él.

Era el tono que habría empleado con cualquiera sin pensárselo dos veces, pero lo había empleado con Oren McClain; un hombre al que seis manzanas le parecerían un paseo dé nada.

—Tienes que eliminar un poco del vino.

Ella captó el ligero tono de censura y se avergonzó de haber bebido como una cosaca. Había dado con ella en un mal momento y el poco orgullo que le quedaba estaba pasando por una prueba muy difícil.

—Quizá tengas razón —concedió Stacey.

Él le pasó el brazo alrededor de la cintura y ella hizo lo mismo, aunque vacilantemente. Esperaba que los efectos del vino le paliaran un poco el dolor de tener que recorrer seis manzanas con los zapatos de tacón.

No habían llegado al final de la segunda manzana cuando las ideas se le aclararon más y los pies empezaron a dolerle tanto que se replanteó ceder en su orgullo e intentar parar un taxi. Sin embargo, decidió no quejarse para que McClain comprobara que podía comportarse perfectamente.

Cuando llegaron a su edificio y se montaron en el silencioso ascensor que los llevaría a su piso, Stacey tenía las ideas completamente claras y juraba que nunca más bebería para escapar de sus problemas. Sólo los había empeorado, aunque algo le decía que tendría que corregir a la baja su concepto de peor.

Lo confirmó cuando llegaron a la puerta de su piso y quiso despedirse de Oren McClain.

—Me gustaría dejarte dentro —dijo él—. Estar seguro de que estás bien.

La sinceridad del tono transmitía que no pretendía nada más, aunque no podía estar completamente segura. Hasta ese momento, se había portado correctamente, pero la gente casi nunca era lo que parecía. Además, era más considerado zanjar las cosas antes de que se hiciera ilusiones. Ella no daba por sentado que todos se enamoraran de ella al instante, pero tampoco podía pasar por alto que él le había dicho que había ido a ver si había cambiado de opinión. Para hacer eso tenía que estar algo más que encaprichado.

Aparte, ella no quería darse la oportunidad de agarrarse al clavo ardiendo que Oren pudiera ofrecerle. No estaría bien aprovecharse de él y no estaba segura de hasta cuándo mantendría sus principios si pasaban juntos unos minutos más. Era una certeza perturbadora que su cuerpo todavía reaccionaba al atractivo de él y que sentía un estremecimiento en cada punto donde la había tocado de camino a su casa.

—Estoy muy bien. De verdad. Estoy cansada… y avergonzada de haber hecho el ridículo.

Él esbozó una media sonrisa.

—No hizo el ridículo, señorita Stacey. Sigues siendo la misma señora como Dios manda de siempre. Aunque un poco sedienta.

A Stacey le encantó el tono de ligera regañina, como si él creyera que estaba siendo muy estricta consigo misma, pero la amabilidad de las palabras le llegó al alma. Era demasiado caballeroso.

Demasiado caballeroso como para darle esperanzas o utilizarlo.

—Gracias —replicó ella en voz baja—. Buenas noches, señor McClain —se volvió hacia la puerta.

—Quizá necesites esto.

Ella se dio la vuelta, vio el diminuto bolso, lo tomó, forcejeó con el cierre y sacó la llave. Tenía la mano lo suficientemente firme como para poder abrir la puerta.

Sintió otro estremecimiento cuando él alargó el brazo para empujar la puerta, entró precipitadamente y se dio la vuelta.

—Me gustaría verte mañana —dijo él—. Llevarte a comer a algún lado.

Stacey sabía que se refería a cortejarla otra vez y no podía permitirlo. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para decírselo.

—Lo… siento. Lo siento de verdad, Oren. No… estaría bien.

Él estaba inexpresivo, como si sólo hubiera percibido el rechazo. ¿Lo habría ofendido o sólo lo habría enfadado?

Oren no sabía que ya no tema servicio doméstico, pero ella sabía perfectamente que estaban los dos solos. Si él fuera una amenaza, podría tener un problema más grave que el de perder su fortuna.

Tenía miedo porque era tan grande y rudo que podría hacerle daño sin ningún esfuerzo, pero, al mismo tiempo, no temía nada.

Quizá él no supiera nada de etiqueta ni qué tenedor usar ni cómo saludar a la realeza o a los invitados importantes en un besamanos, pero era todo un caballero.

—Muy bien, señorita Stacey —zanjó él con un aire solemne mientras se llevaba la mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacaba una tarjeta—. He escrito el nombre de mi hotel y el número de mi habitación. Me quedaré hasta el jueves. Después del jueves, puedes ponerte en contacto conmigo en cualquiera de estos números de teléfono.

Stacey hizo un esfuerzo por agarrar la tarjeta porque él no se merecía una grosería y tampoco hacía falta que lo rechazara con agresividad. Como demostración, él se dio la vuelta y fue hasta el ascensor.

Stacey tuvo que morderse la lengua para no llamarlo. Entró en el piso y cerró la puerta antes de que él se diera la vuelta dentro del ascensor y le viera la cara.

¿Se había limitado a ser considerada con Oren McClain o había renunciado a la última oportunidad de un rescate fácil?

Capítulo 2

El rostro fantasmal que vio en el espejo a última hora de la mañana siguiente no tenía nada de noble, como tampoco lo tenía la lástima que sentía de sí misma. Stacey se obligó a seguir la rutina de tomar una ducha caliente y maquillarse y peinarse antes de ir al vestidor para decidir qué se ponía.

La precisión casi militar con la que estaban colgadas las perchas a un lado del enorme vestidor se burlaba de ella. Angelique se había ocupado meticulosamente de su ropa. También había colocado con la misma precisión todos los zapatos y las botas según los colores y Stacey sabía que su ropa interior estaba doblada y guardada con la misma pulcritud y esmero que habían hecho de Angelique el sueño de cualquier neurótico.

Sin embargo, la realidad era que en menos de una semana había sido completamente incapaz de mantener el orden que su doncella mantenía sin ningún esfuerzo. Esa incapacidad, como cualquier otra pequeña incompetencia con cosas triviales, había labrado la profunda falta de confianza que Stacey tenía en sí misma.

Si bien se había criado con un anciano abuelo que consideraba que las mujeres eran adornos sociales cuyo objetivo principal tenía que ser casarse bien y ser un buen complemento para un hombre rico, no había disculpas para que en esos tiempos no hubiera ejercido alguna profesión que le permitiera mantenerse.

Lo cierto era que la habían mimado y malcriado hasta convertirla en una inútil. Había llenado su tiempo con obras de caridad, actividades sociales y una o dos causas políticas, pero nada

de eso podía traducirse en el dinero contante y sonante que le permitiera seguir con su ritmo de vida.

Habría sido una buena mujer para algún millonario que buscara un trofeo de buena familia, pero ella no lo había buscado. Siempre había podido rechazar cualquier cosa que le hubiera costado algún esfuerzo o no le hubiera divertido, y lo había hecho.

Sin embargo, no podía ignorar que dentro de unos días la mayoría de sus maravillosas cosas estarían guardadas en un almacén y ella viviría en una zona menos selecta de la ciudad. Aprendería a ir en autobús o metro mientras buscaba un trabajo que le permitiera tener un techo sobre la cabeza.

También tendría que pagar el almacén hasta que pudiera recuperar sus cosas.

Si tres años antes, cuando falleció su abuelo, ella se hubiera ocupado de sus asuntos económicos en vez de dejarlos en manos del ladrón que poco a poco la había estafado, ella no estaría metida en ese lío.

Su única esperanza era que los investigadores encontraran al estafador y lo que le quedara del dinero y ella lo recuperara. El ladrón estaba en algún lugar de Latinoamérica, de modo que su captura era más complicada no sólo por la distancia, sino por la escasa colaboración entre las instituciones que tenían asuntos más graves que resolver.

Su cerebro hizo un repaso mental de todos sus problemas y de todas las catástrofes posibles. Eran más de las once y ya le dolía la cabeza antes de levantarse, pero le seguía doliendo aunque se hubiera tomado una generosa dosis de aspirinas. Le doliera por la resaca o por los aterradores pensamientos, el dolor era el mismo, como lo era la angustia que sentía.

Cuando por fin decidió lo que iba a ponerse y se vistió, Stacey fue a su dormitorio. Bajó la mirada a la moqueta color marfil y se fijó en la tarjeta que le había dado McClain. Ella creía que la había tirado a la papelera, pero debió de fallar el tiro y había acabado en el suelo.

Su visión la irritaba profundamente. Ni siquiera era capaz de tirar algo a la papelera.

Exasperada, la agarró para tirarla cuando se quedó helada. Los vigorosos garabatos que había escrito en el reverso de la tarjeta

daban el nombre de uno de los hoteles más bonitos y elegantes de Nueva York. También le daban una idea clara de cómo era McClain: atrevido, masculino y decidido. Su caligrafía no era rebuscada, refinada o difícil de leer. Era tan franca como él, sin pretensiones, pero las letras transmitían confianza. La fuerza con la que había apretado el bolígrafo no transmitía vacilaciones, no había temblado, sencillamente, lo había escrito. Era un hombre que decía lo que pensaba y pensaba lo que decía; no se le podía interpretar mal porque era muy claro.

Al sujetar la tarjeta entre los dedos, se le pasó un poco la ansiedad que tanto la angustiaba. Nadie engañaría o robaría a un hombre como McClain, aunque sólo fuera porque parecía capaz de dar una paliza de muerte a cualquiera que se atreviera a jugar con él.

Si él estuviera en su lugar, seguro que no estaría dando vueltas por la casa mientras se preguntaba dónde viviría y cómo sobreviviría. No temería buscarse un trabajo. Si sus amigos le dieran la espalda, los mandaría al infierno y dedicaría toda su energía a abrirse camino en la vida, aunque tuviera que buscar otra forma de hacerlo.

Ésa era la impresión que le daba Oren McClain. Por eso volvía a preguntarse qué vería un hombre como él en alguien como ella. ¿O acaso era el tipo de hombre con el que su arcaico abuelo confiaba que se casara? El tipo de hombre tan ocupado con su riqueza, su posición o sus negocios que elegiría una mujer como accesorio y se aseguraría de elegir una de buena clase para que le diera unos herederos guapos y hermosos.

Stacey suponía que algunos rancheros o magnates del petróleo texanos serían iguales en ese sentido que las élites de la costa este. Dio la vuelta a la tarjeta y comprobó que tenía seis números de teléfono.

Sintió una chispa de esperanza. Si Oren McClain buscaba un trofeo con forma de mujer, quizá ella no lo decepcionara. Cuidaba mucho su piel y su cuerpo y tenía un gusto y un refinamiento que nunca lo abochornarían. Seguro que no buscaba una mujer que montara a caballo, lanzara el lazo o cuidara el ganado mejor que él, porque eso podría haberlo encontrado en Texas. Antes de que sus esperanzas llegaran demasiado lejos, Stacey se hizo una idea de

cómo sería un rancho de ganado en Texas. ¿Cómo era posible que alguien sobreviviera social o culturalmente tan lejos de una ciudad? ¿Tendría una doncella y una cocinera? Él había hablado como si tuviera dinero, pero ¿cuánto tenía realmente? ¿Cómo lo gastaba? ¿Lo gastaba todo en vacas, tierra y camionetas o también dedicaba algo a la casa? ¿Sería grande la casa? Volvió a acordarse de la frase de las joyas y los trapos de marca. Tuvo la sensación de que era sincero. Quizá no hubiera exagerado en cuanto a las cosas que podía ofrecer a una mujer. Si acaso, McClain podría no pasarse para no parecer un fanfarrón.

Las esperanzas de Staeey fueron creciendo. Él había dicho que había ido a Nueva York para verla, para comprobar si había cambiado de opinión, pero ella no podía creerlo sin más. Necesitaba más datos, pero también necesitaba un medio de conseguirlos que no fuera muy caro.

Empezó por Internet. Gracias a la tarjeta descubrió de qué parte de Texas era y encontró algunas informaciones periodísticas sobre las actividades petrolíferas y ganaderas de McClain. Una crónica social de un periódico de San Antonio mencionaba a Oren McClain en una recaudación de fondos, pero lo que más le llamó la atención fue que una serie de televisión se había rodado en su rancho.

Empezó a sentirse más tranquila sobre Oren McClain. No era un rechazado por la sociedad, era muy conocido en su zona de Texas y no se le había relacionado con asuntos turbios.

Dio un gruñido de autocrítica. Su abuelo habría investigado a cualquiera de sus pretendientes hasta tres generaciones antes y habría llegado a saber hasta el último céntimo que tenía. Stacey se había limitado a buscar un poco en Internet para desechar los antecedentes penales, a leer unas crónicas de sociedad y un directorio empresarial para comprobar que tenía suficientes recursos como para mantener a una mujer mimada.

Contrariada por haber llegado tan lejos en la idea de casarse con un desconocido por su dinero, se levantó y empezó a ir de un lado a otro. Su piso era grande, pero parecía como si cada vez se le fuera quedando más pequeño y la asfixiara.

Pensó en todo el dinero que había tenido o, más bien, en todo el dinero que había gastado. Daría cualquier cosa por tener el dinero que se había gastado en un año en ropa y joyas. Lo poco que le

quedaba tendría que emplearlo en una penosa y modesta vida nueva. ¿Qué pasaría si no encontraba un trabajo? Ya había esperado dos meses. Lo desolador de su futuro le hacía casi imposible soportar la espera hasta el lunes, cuando podría volver a llamar a la agencia de colocación.

La noche del sábado se le presentó como un vestíbulo enorme y oscuro lleno de sombras. Ya estaba harta de la comida preparada que tenía en la nevera. Una comida buena y caliente la ayudaría a calmarse y a reunir el poco valor que le quedaba.

Stacey miró la tarjeta que había sobre el teclado del ordenador y se dio cuenta de que estaba a punto de caer tan bajo como para aprovecharse de Oren McClain.

Quizá tampoco fuera tan espantoso por lo menos comprobar si estaba dispuesto a llevarla a cenar. Quizá no dijera en serio lo del matrimonio. Al fin y al cabo, él había dicho que había ido a Nueva York para ver si su respuesta seguía siendo negativa. Quizá, si saliera con ella un par de veces, se daría cuenta de que no quería que fuese positiva. Quizá le hiciera un favor si le permitiera pasar un rato con ella hasta que se desilusionara.

Stacey no quiso pensar en lo mucho que había tergiversado las cosas para conseguir que sus motivos egoístas y su ansia por una comida caliente parecieran nobles. Lo pensó después de haber llamado a McClain para decirle que había cambiado de opinión.

Cuando ya habían concretado la cita y ella había colgado el teléfono, sintió tal remordimiento que estuvo a punto de volver a llamarlo.

Ella estaba en ascuas. Él casi podía oler el remordimiento de Stacey por la cita y le gustaba ese indicio de temperamento.

Seguramente, una pequeña aristócrata como Stacey estaría aterrada de ser pobre y, sin duda, estaba a punto de hacer casi cualquier cosa con tal de ahorrarse el espanto de estar arruinada. Era posible que incluso se casara con un texano tosco como él.

Lo había observado disimuladamente durante toda la cena como si fuera un caballo que podría comprar. Sabía que le gustaba estar junto a él porque había notado que se derretía cuando la acompañaba a través del restaurante con la mano en la parte baja de su espalda. O antes, cuando fue a recogerla a su casa y la tomó del brazo para bajar las escaleras y montarse en el taxi. También

cuando llegaron al restaurante y él la agarró de la mano para ir del taxi hasta la puerta.

Era como un bombón en la cálida mano de un niño y a él le gustaba que su fría elegancia y su discreción fueran tan delgadas como un envoltorio de celofán. Hacía unos meses, ella se había comportado como si no supiera cómo lidiar con él, o con ella misma, cuando se aproximó. Todavía se comportaba así, pero él no sabía si lo hacía porque le gustaba más de lo que estaba dispuesta a aceptar o si, sencillamente, no tenía experiencia con hombres como él. Por lo menos, parecía que lo pasaba bien.

Él, seguramente, resultaría un bruto en comparación con los hombres a los que estaba acostumbrada. Él, desde luego, no era un pavo real. Tenía la piel curtida por el sol y los elementos, las manos grandes y callosas y ella era lo único realmente frágil y refinado que había en su vida.

Sin embargo, Stacey podía casarse con él porque sabía que tenía dinero y que la deseaba. A ella le corroería el remordimiento por casarse con él por algo que no fuera amor. No lo sabía por ninguna habladuría que hubiera sonsacado, sino por lo que había percibido de ella. Podría equivocarse, pero su intuición solía dar en la diana y le decía que la señorita Stacey Amhearst sabía distinguir el bien del mal. Sencillamente, todavía no tenía suficiente confianza en sí misma para hacer lo correcto sin importarle las consecuencias. Estaba dispuesto a aprovecharse de eso mientras pudiera.

Oren se apoyó en el respaldo para observarla mientras se tomaba la última cucharada de postre. Sabía que la habían educado para tratar la comida con cierto remilgo, pero esa noche había cenado como un vaquero medio muerto de hambre en un barracón. El motivo era evidente. Había perdido un peso que no le sobraba porque era una inútil en la cocina. A Oren le maravillaba que su abuelo la hubiera educado para ser una inútil. Sus hijas nunca dependerían de nadie. Su mujer tampoco. La única crítica que tenía hacia Stacey era que fuera inútil y dependiente, pero estaba dispuesto a presenciar el cambio. No había ningún motivo para que no pudiera ser elegante y hermosa y, a la vez, tener una buena dosis de independencia y de confianza en sí misma.

—Dime, Oren —a él le encantaba el tono de dignidad que ella daba a su nombre—. ¿El rancho está en las afueras de San Antonio?

Oren sonrió.

—Está a unas tres horas.

Oren notó que ella se llevaba la servilleta a los labios como si pensara en lo que acababa de oír o disimulara cierto espanto.

—¿Qué haces para divertirte si estás tan lejos?

—Hay bailes, barbacoas, rodeos, reuniones en la iglesia… Hay una feria y algún desfile. También hay fiestas en los pueblos, un par de bares abiertos por la noche, un campo de golf, un lago y también organizamos cosas en el rancho. Los compradores y otros colegas suelen aparecer de vez en cuando. Yo también voy a otros sitios cuando tengo que hacerlo.

Sabía que Stacey intentaba hacerse una idea y calcular si podría soportarlo.

—Casi toda la gente de por allí es buena gente, muy familiares y amigables. La sal de la tierra —añadió Oren.

La descripción de una vida sencilla, normal y corriente debió de impresionarla un poco porque le costó volver a dejar la servilleta sobre el regazo y luego se quedó mirándola un rato.

—Parece muy… agradable.

Stacey tomó la copa de agua y dio un sorbo que hizo que él se fijara en sus labios. Ella dejó precipitadamente la copa como si le desasosegara haberlo sorprendido mirándole la boca. Sonrió tímidamente y apartó un poco el plato del postre.

Oren le devolvió la sonrisa perezosamente.

—¿Qué hago para que me traigan la cuenta y así podamos irnos de este sitio?

Estaba declarándole que era un paleto de pueblo y, cómo había esperado, ella lo tomó con amabilidad. Sonrió con menos tensión.

Ella dejó la servilleta en la mesa junto al plato y se dirigió a él en voz baja.

—Aquí captan muy bien las sutilezas. Podías hacer algo así.

Levantó discretamente un dedo y volvió a bajarlo inmediatamente.

McClain le sonrió fugazmente y ella vio que miraba hacia otro lado con gesto serio. El brillo de sus ojos oscuros fue como una orden y al instante el camarero apareció junto a su mesa con una bandeja de plata.

McClain dejó un par de billetes de bastante valor y dijo en voz

baja que se quedara el cambio. El camarero susurró un agradecimiento y desapareció tan rápidamente como había aparecido.

Stacey se dio cuenta de que no le había visto sacar la cartera y se preguntó cuánto tiempo habría estado esperando a que acabara el postre. Él no había pedido postre, pero ella había sido descortés al ceder a la insistencia de él para que lo tomara. Mejor dicho, había sido demasiado egoísta y avariciosa como para dejar escapar la que seguramente sería su última oportunidad de disfrutar con algo tan delicioso. Oren le guiñó un ojo.

—Tienes razón. Estos tipos captan perfectamente las sutilezas.

Se levantó y todas las mesas de alrededor dejaron de hacer lo que estaban haciendo y susurraron ante su tamaño y virilidad. Oren se puso detrás de ella y le separó la silla. Luego la tomó del codo con unos dedos firmes que eran todo delicadeza y casi ardientes. Mágicos.

Nunca había sentido las sensaciones que le provocaba Oren McClain. Cada vez que la tocaba, sentía unos estremecimientos en sitios donde nunca se había imaginado que se podía sentir algo así. Era algo que la abrumaba. Cada vez que la había tocado y había sentido eso, también había tenido la certeza de que, si alguna vez hacía algo más que tocarla un poco, o la besaba, perdería el dominio de sí misma y sería el fin para ella. Todo el asunto de la intimidad física era un territorio desconocido para alguien que siempre se había mantenido alejada de lo que no fuera un contacto amistoso o un abrazo circunstancial. Quizá fuera porque Oren McClain era un hombre con una presencia muy física y viril. Una mujer reservada como ella todavía tenía poca experiencia, pero con un hombre como él era difícil saber qué se podía esperar cuando se trataba de los delicados asuntos sexuales. Ella, naturalmente sabía todo sobre la mecánica de las relaciones sexuales, pero las palabras no tenían nada que ver con la experiencia empírica y su intuición le decía que, aunque hubiera tenido poca experiencia en ese terreno, una relación íntima con Oren McClain tenía que ser algo único. Era demasiado elemental, demasiado masculino y demasiado seguro de sí mismo como para no ser activo y, seguramente, primitivo en la cama.

¿Por qué la habría elegido un hombre como ése? ¿Querría una

mujer dócil para dominarla?

Era un hombre que podría dominar a cualquiera de una forma natural, entre otros a casi todos los hombres, pero ella tenía la sensación de que era algo que sólo se debía a su tamaño y su aspecto rudo. Era cualquier cosa menos autoritario cuando estaba con ella. No tenía necesidad de serlo. Como con el camarero, que había reaccionado a una mirada, McClain sólo tenía que mostrar mínimamente su voluntad para conseguir que se cumpliera.

Stacey iba pensando en todo eso mientras salían del restaurante y se quedaban debajo del toldo a esperar un taxi. Esa noche hacía más calor que la anterior. Además, McClain también transmitía calor y Stacey se sentía sonrojada por los nervios y la incertidumbre. Tenía unas ganas ridículas de llorar. Se había decepcionado a sí misma por tantas cosas, que casi había perdido la cuenta. Estaba avergonzada por tener miedo a mantenerse de pie por sí misma, pero esa vergüenza tampoco hacía que venciera sus miedos. Nada la estimulaba un poco, ni siquiera la preocupación de que aceptar la solución que parecía proponerle McClain fuera un remedio peor que la enfermedad.

Nunca debería haber llegado a ese punto; nunca en su vida se había imaginado que llegaría a ese punto. Sin embargo, allí estaba después de meses en los que la impotencia había ido en aumento a medida que iba descubriendo las cosas. Además, no había podido capturar al ladrón ni evitar un solo desastre.

La enrarecida vida que su abuelo había creído garantizarle, casi había desaparecido, excepto el fidecomiso que recibiría cuando cumpliera treinta años. No sólo le quedaban seis años, sino que tampoco estaba segura de que no se hubiera desvanecido como todo lo demás. Si tenía en cuenta su situación económica, esos seis años eran toda una vida a efectos del fidecomiso. El abogado de su abuelo lo había lamentado sinceramente, pero no se podía hacer nada al respecto.

Stacey consiguió esbozar una leve sonrisa mientras McClain le abría la puerta del taxi. Él se sentó junto a ella, apoyó el brazo en el respaldo del asiento por detrás de su espalda y consiguió que se olvidara de sus sombríos pensamientos. Él no la tocaba, pero el calor de su cuerpo enorme la abrasaba y no podía evitar derretirse un poco. Tuvo que hacer un esfuerzo para no dejarse llevar por el

calor.

¿Por qué le parecía tan natural estrecharse contra él? No podía ser amor, porque el amor era algo más tierno y delicado. ¿Lo sería? El amor no podía ser ese anhelo por sentir el contacto con un cuerpo duro y masculino o el roce delicado de una mano curtida. Un anhelo que tenía poco o nada que ver con un sentimiento elevado y romántico y todo que ver con necesidades físicas y con la lujuria.

Era eso: lujuria. Algo que podía sentirse con fuerza, pero algo demasiado voluble y perecedero. El amor era puro, tierno y dulce, algo que se daba en el corazón y la cabeza y que perduraba.

La lujuria era primitiva e indiscriminada y sólo afectaba a la sensibilidad más superficial. La lujuria estaba en todas partes, pero, desde luego, no mejoraba la sociedad ni podía ser el fundamento de un matrimonio.

Tampoco podía serlo la necesidad imperiosa de dinero. Stacey cruzó las manos sobre el regazo y se aguantó las ganas de sacar alguna conversación intrascendente para ayudar a pasar el rato hasta que llegaran a casa. Era mejor que Oren McClain se diera cuenta de lo poco que tenían en común.

Capítulo 3

Subieron en el ascensor en silencio. Era como si la tensión aumentara con cada piso que pasaban, hasta que, casi repentinamente, llegaron al piso de Stacey.

Esa noche no habría una despedida educada y escueta. Algo había pasado en el taxi y ella no sabía exactamente qué era ni cómo lo había sabido. Sin embargo, estaba segura de que notaba que se había tomado una decisión y que su acompañante se había comprometido a cumplirla.

Se aferró a su aplomo, abrió la puerta y entró en el piso. Le pareció que la tensión y el silencio eran mayores todavía, como si le acecharan sus secretos, como si estuvieran inmóviles para que no los descubrieran pero prestos a salir a la luz en cualquier momento.

Naturalmente, no había nada al acecho ni oculto. Era su conciencia que la hostigaba y se hacía notar. Tenía que hostigarla porque la cobardía estaba adueñándose de ella y sólo le faltaba cruzar los dedos para que Oren McClain volviera a pedirle que se casara con él; porque también había tomado una decisión en el taxi: aceptar. Sin embargo, al entrar en su edificio había decidido rechazarlo. Cuando llegaron a su piso volvió a cambiar de opinión y decidió casarse con él.

Tendría que ocultarle su angustiosa situación económica, pero tenía dinero suficiente como para conseguirlo durante algún tiempo. Aun así, ¿no hacía mal al ocultarle la verdad? Los secretos, sobre todo uno de la magnitud del suyo, no ayudaban a que un matrimonio saliera bien. Lo miró de soslayo y comprendió que sena

una idiota si lo contrariaba. Si él no era feliz con ella o ella lo decepcionaba demasiado, no tendrían ninguna oportunidad de llegar a nada duradero.

El era franco, sencillo y honrado, pero no por eso estaba obligado a tener que soportar todos los sacrificios o sufrimientos. Él había depositado esperanzas en ella. Muchas. ¿Cuáles serían exactamente?

El sentido común le decía que se había decepcionado demasiado a sí misma como para no decepcionarlo a él y que casarse con un hombre tan distinto a ella, sobre todo tan pronto, era meterse en un lío. Ya había tenido bastantes problemas y fracasos últimamente como para arriesgarse a tener otro, aunque en ese momento no se le ocurría nada peor que lo que le esperaba al final de la semana. O lo que llegaría después.

Haber pasado la noche con un hombre rudo y seguro de sí mismo, que además era caballeroso y atento con ella, le había dado una sensación de seguridad casi tan irresistible como su contacto. Por eso le costaba tanto asociar la idea de casarse con él con un problema grave.

Además, la realidad era que McClain había sido el único hombre que la había alterado de aquella forma. ¿Acaso eso no contaba nada?

Cuando llegaron al espacioso salón, Stacey lo invitó a que se sentara. El eligió el sofá y ella se quedó impresionada de lo pequeño que parecía en comparación con él.

—¿Quieres beber algo?

Por lo menos tenía distintas bebidas y sabía hacer café.

—Sólo quiero que me hables, gracias.

Tanta sinceridad acrecentaba la tensión. Tenía un gesto severo y solemne. Igual que antes de que le pidiera que se casara con él. Stacey se acobardó. No estaba preparada para aquello. No estaba segura de qué decir ni cómo. No estaba segura de nada y se dio cuenta de que no quería tomar ninguna decisión definitiva. Sobre todo porque la aterraban las consecuencias. Si volvía a negarse, sabía que no tendría una tercera oportunidad, pero si aceptaba, ¿podría satisfacer las expectativas de un hombre que vivía en la inmensa soledad de Texas? Un hombre al que sólo conocía por lo que había visto en Internet y por unos días que había estado con él

hacía varios meses.

McClain alargó una mano y la leve sonrisa que esbozó la animó a acercarse. Ella avanzó vacilantemente e hizo un esfuerzo para dejar su mano al alcance de la de él.

El la tomó con calidez y Stacey se sentó obedientemente en el borde del sofá. Estaba tan alterada que se sentía susceptible y cautelosa.

Para disimularlo, se apartó bruscamente.

—Gracias por la velada —le dijo torpemente.

McClain la miraba intensamente con sus ojos negros y ella se sintió como si le estuviera sondeando el cerebro. No pudo dominar el remordimiento que le ardía en las mejillas.

El no se anduvo con rodeos.

—Sabe lo que quiero preguntarle, señorita Stacey.

Ella notó una descarga por el tono grave de las palabras y apartó la mirada. Quería que aquello pasara de una vez, pero no quería tener que pasar por ello. Si él no se lo pidiera esa noche, ella no tendría que decidir nada. Sólo podía pensar en retrasarlo.

—Parece… que tienes prisa.

Stacey no pudo evitar volver a mirarlo para comprobar cómo se lo había tomado. Su solemnidad era una confirmación de que no habría ningún retraso.

—La vida es corta. Sé lo que quiero.

La rapidez con que trascurría todo seguía desconcertándola. Había oído hablar del amor a primera vista, pero no se lo creía. Hasta que pensó que quizá no hablaran de la misma cosa. Quizá sólo quisiera una aventura. Se avergonzó un poco al darse cuenta de que había esperado, como si fuera lo más natural del mundo, que volviera a pedirle que se casara con él.

—Entonces… no buscas una relación… a largo plazo.

Incluso si hablaba de matrimonio, quizá no se refiriera a eso de «hasta que la muerte nos separe».

Él no movió un músculo de la cara, pero bajó más el tono de voz y ésta se hizo más áspera.

—Sólo en un plazo de cincuenta o sesenta años; si tenemos suerte.

Stacey lo miraba fijamente y buscaba una pista en su expresión. ¿Se había enamorado a primera vista? ¿A los tipos rudos les

pasaban esas cosas? Incluso si así fuera, ella nunca había pensado que fuera otra cosa que lujuria. Él no la conocía y, por lo tanto, no podía haber sentimientos.

En ella, desde luego, no los había. Sí, él le había llamado la atención; sí, la había ilusionado; sí, era una posible tabla de salvación, pero sentía poco más que cierta simpatía hacia él. Era un hombre que no encajaba con ella, un hombre con intereses muy distintos a los suyos.

Ella había esperado enamorarse un día e intentar no caer en esos matrimonios estériles y envarados que se basaban en el dinero y la clase social. Stacey también quena saber algo de lo que pensaba él.

—¿Qué pasa con el amor, Señor McClain? ¿Acaso no es lo más importante cuando dos personas van a comprometerse durante cincuenta o sesenta años?

Stacey captó el cinismo en lo más profundo de sus ojos y tuvo la primera impresión de que era cualquier cosa menos sencillo y transparente.

—Mire a su alrededor, señorita Stacey. Mucha gente se enamora, pero también se desenamora con la misma facilidad. Quiero apostar por la atracción entre las personas y la elección premeditada. Tenemos la atracción. Sólo queda la elección.

Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y cuando volvió a sacarla, Stacey vio un destello. Alrededor de la punta de su dedo índice había un diamante engarzado en un anillo de oro.

—Yo te elijo; elígeme tú.

Stacey no podía apartar la mirada del anillo. Era sencillo y elegante y ella tema suficiente experiencia como para saber que valía una fortuna. McClain no sólo tomaba decisiones asombrosas y repentinas, sino que las respaldaba con todas sus fuerzas. ¿Eso era un síntoma de arrogancia o de confianza en sí mismo? ¿Estaba ella espantada o tranquilizada? Hizo un esfuerzo por mirarle a los expectantes ojos.

—¡Caray! —exclamó al darse cuenta del tiempo que había estado mirando ávidamente el diamante como si fuera una bola de cristal—. Pareces… decidido.

«E impresionantemente seguro de mí», añadió para sus adentros.

—Quizá —la lacónica respuesta hizo que ella escudriñara su sombría expresión—. Como dije, he vuelto para saber si habías

cambiado de opinión. Si no ha sido así, quedaremos como amigos.

Stacey supo que en ese caso no volvería a verlo y se quedó atónita por lo que sintió. La idea de no volver a verlo le producía cierta tristeza.

Aunque él hizo parecer que un segundo rechazo no le haría daño, ella tenía la sensación de que lo hacía porque su orgullo ya se había rebajado bastante cuando decidió volver otra vez. Efectivamente, no habría una tercera oportunidad, pero le agradecía que no se lo dijera con todas las palabras. Seguramente, también sería por orgullo, pero le agradecía que le ahorrara esa presión innecesaria. Innecesaria, por lo menos, para él, porque ella estaba a punto de estallar por la presión al volver a darse cuenta de lo que se jugaba: su situación económica era desesperada. Súbitamente, no quiso cerrar definitivamente la puerta entre ellos. Por algún motivo supo que fueran cuales fuesen las esperanzas que había depositado en ella, por lo menos la deseaba lo suficiente como para que no le importaran sus incompetencias como esposa. Al menos durante una temporada.

Al fin y al cabo, no se trataba de que fuera a cocinarle o a lavarle la ropa o a limpiarle la casa. Él tema que comprender que ella no podía hacer ese tipo de cosas y seguramente no esperaba que las hiciera. Podía ser una compañera para él, tener hijos suyos, llevar la casa y atender a sus invitados. A cambio, ella podría tener la familia con la que había soñado y nunca tendría que preocuparse por el dinero. Incluso aunque no fuera repugnantemente rico, tenía una casa y unos ingresos considerables. Además, mientras estuvieran juntos, nunca tendría que enfrentarse sola a ningún problema.

A no ser que Oren McClain resultara ser un problema mayor que los que ya tenía.

Había dudado demasiado tiempo. Se dio cuenta al notar le tensión en su enorme cuerpo.

—Ah… —La delicadeza del monosílabo hizo que los ojos de él resplandecieran levemente—. Ah, eh… Oren. ¿Estás seguro de que soy la mujer adecuada para ti? Yo no sé nada de vacas y ranchos. Apenas he conducido mi coche, siquiera.

—Yo pago a otros para que lo hagan por mí, señorita Stacey. Lo que me falta es una esposa e hijos —replicó él con brusquedad y sin

dejar de mirarla a los ojos.

Stacey tenía la sensación de que él era una especie de detector de mentiras con forma humana y, a juzgar por su mirada, se preguntó si ya habría detectado algo que no iba bien.

—Si no quieres tener hijos y ayudarme a criarlos, te agradecería que me lo dijeras claramente —añadió McClain con tono sombrío.

Lo dijo con una solemnidad absoluta. Tener sus hijos y compartir su educación era un asunto muy serio para él. Innegociable. Él le gustaba por eso, le gustaba muchísimo. Stacey había sufrido mucho por no haber tenido dos padres durante casi toda su infancia y quería para sus hijos mucho más que lo que la vida le había dado a ella.

—Quiero hijos —afirmó ella—, pero ¿qué pasará si… las cosas no van bien entre nosotros?

—Entonces, no estaremos en una situación peor que la de los que creían que estaban enamorados.

Stacey lo miró. Tenía que decirle que estaba arruinada, pero ¿cómo reaccionaría él al saber que estaba a punto de aceptar porque necesitaba dinero? ¿Se ofendería? ¿Tendría otro concepto de ella? Él le gustaba y le había gustado desde que lo conoció. Sencillamente, no lo amaba y su situación angustiosa le impedía verlo de otra forma que no fuese como una tabla de salvación. Además, si fuera sincera, lo habría rechazado directamente la noche anterior si no se hubiera encontrado en ese embrollo.

Seguro que tendría otro concepto de ella cuando supiera lo que había pasado. Un hombre como él no respetaría a una frívola y mimada que se había expuesto a que la robaran, sobre todo cuando lo había hecho por pereza y desidia. —Quizá… yo debería… confesar algo. Las palabras habían brotado casi involuntariamente y tuvo ganas de volver a tragárselas. Naturalmente, no pudo. Aparte, debería haber sabido que no podría haber vivido sin decirle la verdad.

Oren McClain era grande y rudo y parecía insensible, pero era humano. Fuera cual fuese su reacción, si no le decía la verdad, se sentiría dolido cuando se enterara.

Stacey no había querido que un cazafortunas sin escrúpulos se hubiera fijado en ella para sacarle todo lo que pudiera y por eso McClain tampoco lo querría. Incluso podía ser uno de los motivos

por los que se sintió atraído hacía unos meses. Al ser rica, no tenía que preguntarse si sólo buscaba su dinero.

El silencio se hizo más intenso. Él no había dicho nada, pero parecía como si esperará a que ella continuase. Estaba emocionada, pero hizo lo posible para que no se le notara ni le afectara al tono de voz. No podría soportar su lástima ni mucho menos su desprecio. Consiguió que su voz pareciera tranquila.

—No puedo casarme contigo, Oren. No sería justo para ti.

Se levantó y rodeó la mesa baja que había delante del sofá.

—¿Por qué? —le preguntó él con voz cansina.

Ella se detuvo y se agarró las manos sin mirarlo. No se atrevía a mirarlo a los ojos y comprobar su reacción. Era como si todo el universo estuviera pendiente de ella. Le costaba articular una palabra.

—Estoy… casi arruinada —reconoció con un hilo de voz. Intentó tomar aliento y se dio la vuelta para mirarlo serenamente—. No es justo que me aproveche de ti. Si me casara contigo, podría solucionar todos mis problemas, pero multiplicaría los tuyos.

El rostro de Oren se tornó granítico y se evaporó cualquier rastro de vulnerabilidad que había notado en él, o que esperaba haber notado. Él permanecía inmóvil y silencioso y ella siguió hablando.

—Si ahora aceptara, nunca estarías seguro de mis sentimientos hacia ti —sonrió sin ganas—. Al fin y al cabo, cuando tenía dinero me gustaste mucho, pero aun así te rechacé. No puedo aceptar una segunda oportunidad en estas condiciones.

Él entrecerró los ojos.

—¿Sigo gustándote?

Stacey lo miró al no esperarse la pregunta. Seguramente, eso no podía ser algo importante para él.

—Te mereces una mujer que se enamore de ti antes de llevar el anillo en el dedo. Una mujer a la que no le importe sin tienes dinero o no. Yo no soy esa mujer, Oren. No lo soy.

No pudo seguir hablando porque sintió que la garganta y las mejillas la abrasaban. No era por el bochorno, sino por la oleada de sensaciones que la dominaban al haber renunciado voluntariamente a una salvación fácil por ser honrada con McClain. Mejor dicho, honrada con Oren. Su nombre propio era anticuado y tenía algo de

ingenuo. Era un nombre que indicaba que la persona que lo llevaba era demasiado buena como para que la engañaran. El tipo de persona a la que se podría engañar porque no veía la maldad de los demás.

Aunque la realidad era que Oren McClain parecía cualquier cosa menos ingenuo, a ella le parecía que podía ser vulnerable. Lo fuera o no, no iba a aprovecharse de él. Por lo menos podría consolarse por haber hecho lo correcto una vez en su vida.

Se tranquilizó un poco cuando vio que él volvía a guardarse el anillo en el bolsillo de la chaqueta. Por fin, la velada terminaría. Él se iría y no volvería a verlo jamás.

Todo había terminado, pero las rodillas le temblaban y casi no la sujetaban de pie, así que se dirigió hacia una butaca. McClain se levantó y la interceptó en menos de una zancada.

La sacudida que sintió cuando la agarró delicadamente de la mano estuvo a punto de terminar con sus temblores y se volvió para apocar la mano que le quedaba libre en su poderoso pecho. Eso fue todo lo que pudo hacer antes de que él bajara la cabeza y pusiera sus duros labios sobre los de ella.

Estaba de puntillas porque la estrechaba con fuerza contra él. Ella le rodeó automáticamente el cuello con los brazos y se sintió arrastrada por el implacable empuje de su boca.

Cualquier beso anterior había sido delicado y casi casto en comparación con ese encuentro carnal de los labios. Era como si se hubiera roto una maldición, primero en él y luego en ella. La intuición que había tenido de sentirse abrumada por él se confirmó mientras le separaba los labios y le acariciaba el cuerpo con una destreza y osadía que acabó con su voluntad como si se deshiciera de un pañuelo de papel.

Antes de que se diera cuenta, estaba sentado en la butaca con ella en su regazo y abrazada desenfrenadamente a él. Le recorría todo el cuerpo con las manos y estaba tan jadeante y dominada que era como un muñeco de trapo.

Cuando llegó a pensar que iba a desmayarse, él apartó los labios y la abrazó con fuerza. Los cuerpos palpitaron al ritmo desbocado de sus corazones. McClain la besó cariñosamente en la frente y luego en el pelo antes de apoyar la mandíbula en el costado de su cabeza. Ella sintió su cálido aliento en la oreja.

—¿Quieres vender tus cosas o enviarlas a Texas?

Stacey cerró los ojos con fuerza. Besarlo como lo había besado equivalía a una rendición y McClain se había declarado vencedor.

Una leve esperanza cobró vida en ella. El sabía que estaba arruinada y aun así quería casarse. Sabía que no lo amaba, pero eso tampoco le importaba. ¿Qué le importaba a Oren McClain?

Stacey levantó la cabeza e intentó recuperar cierta distancia, aunque sus brazos no le dejaban mucho espacio. Lo miró a los ojos y se sintió profundamente conectada con él. Él levantó una mano y le colocó bien un mechón suelto que tenía en la mejilla.

—Hay algo que tú también tienes que saber —dijo él con un tono grave y serio—. Yo había oído hablar de tu problema y supuse que era un momento tan bueno como cualquier otro para volver a verte —bajó fugazmente la mirada a sus labios—. ¿Te molesta?

Stacey estaba asombrada y sacudió la cabeza distraídamente.

—No estoy segura.

Efectivamente, no estaba segura. La cabeza le daba vueltas por el beso y por saber que su vida estaba a punto de dar un vuelco que no podía imaginarse todavía.

—Si hay alguien que se aprovecha, ese puedo ser yo.

Stacey se estrechó un poco más contra él. Era realmente sincero y notó los primeros brotes de una confianza verdadera entre ellos.

—No habrás hecho que un hombre que trabajó para mi abuelo durante diez años me robara todo el dinero y me dejara en esta situación, ¿verdad?

Lo miró fijamente sin creer que tuviera nada que ver con eso, pero quería oírlo.

—Puedo ser culpable de hacerme con una mujer que pasa por un mal momento, pero te aseguro que no soy de los que la arruinarían para casarme con ella.

Stacey se quedó espantada, la sola idea de que se le hubiera pasado por la cabeza que era capaz de hacer algo tan espeluznante lo había ofendido. El brillo de ira en sus ojos lo dejaba muy claro.

Stacey le apoyó la mano en el pecho como una disculpa silenciosa.

—Gracias por decírmelo —sonrió con vacilación—. Somos unos desconocidos, Oren. No es una buena manera de empezar un matrimonio.

Entonces fue él quien esbozó la sonrisa. Ella notó la confianza que tenía en sí mismo y lo envidió por eso.

—Nos irá bien, señorita Stacey —volvió a sacar el anillo del bolsillo—. ¿Me permites?

Stacey miró el anillo. Parecía ridículamente pequeño entre sus dedos y ella se sintió la persona más fraudulenta del mundo mientras asentía con la cabeza.

McClain le tomó la mano izquierda, le separó el dedo anular y le puso cuidadosamente el maravilloso anillo. Luego la abrazó y le dio uno de los besos más delicados y cariñosos que le habían dado en su vida. Ella estuvo a punto de estropearlo con un sollozo de preocupación y miedo, pero consiguió contenerlo hasta que McClain salió del piso.

Cuando se preparó para acostarse y apagó la luz, casi había desgastado las alfombras de tanto ir y venir. Estuvo un buen rato tumbada a oscuras, estaba tan preocupada por lo que acababa de hacer, que estuvo dándole vueltas buena parte de la noche. Al final se convenció de que casarse con McClain era una decisión tan radical que podía resultar que fuera una de las mejores decisiones que había tomado en su vida.

Prefirió pasar por alto que en realidad ella no había decidido casarse con él. La verdad era que la decisión se la habían dado hecha porque no había tenido las agallas o la fuerza de voluntad de rechazar a McClain.

Intentó consolarse con la idea de que no había querido rechazarlo. Al fin y al cabo, seguía siendo el hombre más apasionante que había conocido.

Y el más irresistible.

Capítulo 4

McClain también era la persona más eficiente que había conocido. Como un aguerrido general en el campo de batalla, se puso al mando de los hombres y el material necesario para embalar todas sus pertenencias y enviarlas a Texas. Ella ya había acordado con la empresa de mudanzas que fueran el lunes para empezar a embalar, pero él se ocupó de todos los trámites para cambiar el destino. También se ocupó de cancelar el almacén.

El lunes a primera hora la había llevado para obtener la licencia de matrimonio y concertaron una sencilla ceremonia para el martes temprano a la que siguió una comida con algunos amigos íntimos.

Esa misma tarde, aterrizaban en San Antonio. Después de recoger el equipaje y de llevarlo a la avioneta de McClain, despegaban de San Antonio y llegaban al rancho pasadas las seis de la tarde.

La visión del rancho fue inesperadamente magnífica, impresionaban los árboles, los graneros, los edificios y un gigantesco entramado de corrales con cercas de hierro o madera y con árboles repartidos por todos lados. Alrededor, las praderas y las colinas se extendían hasta el infinito, incluso desde el aire. La casa, de un solo piso, de adobe y con tejado de tejas rojas, formaba una C muy compacta alrededor de un patio. Al contrario que otros ranchos que había visto desde el aire, no tenía piscina, pero Stacey se había fijado en que había un riachuelo que formaba una poza sombreada.

La sensación de aislamiento en la inmensidad sin apenas árboles,

era desasosegante para una mujer que había vivido toda su vida en una de las mayores ciudades del mundo. Texas era inmenso y el rancho de McClain ocupaba buena parte del Estado.

Cuanto más lejos estaba de Nueva York, más tensa y preocupada estaba Stacey. Sólo la confianza y la tranquilidad de McClain le daba cierta seguridad.

Además, también le preocupaba el deseo sincero de no decepcionarlo. No porque le hubiera solucionado su problema económico, sino porque nunca se había encontrado con nadie que hiciera tantas cosas de buena fe por los demás. Sobre todo, cuando él no tenía ninguna garantía de que ella fuera a corresponderle.

El día anterior hubo un momento en el que ella pensó que McClain había cambiado de opinión.

Desde que había aceptado casarse, él había estado especialmente distante. Quizá hubiera sido porque había estado pendiente de la mudanza y de otros detalles que a ella no se le habían ocurrido pero, en cualquier caso, se preocupó. Ella se había ocupado de las escasas cuestiones económicas que le quedaban, entre otras, de ir a la policía para comprobar cómo avanzaba el asunto de la estafa.

McClain la había animado a que viera a sus amigas mientras él supervisaba la mudanza y ella lo había hecho, lo que hizo que todavía pasaran menos tiempo juntos. Aun así, los contactos fueron fríos, aunque su efecto en ella no lo fuera, y los besos fueron igual de fríos y breves.

Parecía como si hubiera conseguido lo que quería y no tuviera interés en cortejarla como había hecho antes. Al fin y al cabo, después de un matrimonio tan rápido y de tener que enviar todas sus pertenencias a Texas en un tiempo récord, tampoco era de extrañar que él no tuviera miedo de que ella cambiara de opinión.

También fue imposible pasar por alto el distanciamiento cuando ella se fue a vivir a su hotel. Ella había ocupado una habitación enfrente de la de él, pero ni siquiera cruzó el umbral de la puerta. Al principio, lo tomó como un ejemplo de su anticuado código moral y le gustó, pero mantuvo la distante rigidez incluso después de la ceremonia.

Todo ello hizo que se sintiera más insegura sobre él y sobre esa noche, que era su noche de bodas, McClain se había comportado decorosamente durante toda la semana, pero ya era su mujer y no

tenía motivos para mantener esa distancia física. Por otro lado, debería sentirse aliviada. Ella se había pasado toda la semana deseando dormitorios separados hasta que se conocieran mejor, pero no se atrevía a pedirlo.

Le estaba profundamente agradecida y, preparada o no, se debía a él como mujer. Sin embargo, ¿qué pensaba él? ¿Creía que había comprado una mujer?

La sensación de que se había vendido se hizo más intensa. Por eso se había empeñado en pagar la mudanza de sus cosas. También le había parecido importante pagar su parte, incluso la habitación del hotel. El había comprado los anillos y había pagado al juez y todos los trámites del matrimonio. También había pagado las comidas y la sencilla pero elegante recepción, pero ella se había hecho cargo de los escasos costes que le habían quedado como novia. Entre otros, un último derroche para ponerle un precioso anillo en el dedo anular. Consiguió el tamaño acertado gracias a una maniobra sigilosa y como recompensa recibió un brillo de sorpresa en sus oscuros ojos y una sonrisa que le indicó que estaba contento. Ella no sabía qué podía gustarle y eligió un anillo de oro con un original dibujo grabado. A ella le pareció que el diseño era bastante sureño y en cuanto lo vio pensó que le gustaría a un vaquero. McClain no se lo había quitado ni un segundo y al menos eso la tranquilizó un poco.

La avioneta aterrizó suavemente como a dos kilómetros de los edificios, pero ella sintió que el estómago se le encogía. La habían educado para comportarse correctamente en cualquier situación, pero de repente se dio cuenta de lo lejos que estaba de su elemento natural. Toda una vida de inseguridad latente y la necesidad de agradar a los demás, por no decir nada de su reciente desastre económico, la habían minado tanto que se sentía como una idiota.

Además, todavía no había visto nada. Le preocupaba que la gente fuera tan distinta de la que ella conocía que se sintiera en absoluta desventaja. Las primeras impresiones eran fundamentales y no podía evitar sentirse más angustiada que de costumbre por dar una buena impresión. Sobre todo, cuando sus actos se reflejaran en McClain, como todo lo que él había hecho en Nueva York se había reflejado en ella. Afortunadamente, él había conseguido encantar a sus amigos más íntimos y se había comportado perfectamente en

todas las situaciones. ¿Podría hacer ella lo mismo?

—Estás pálida, cariño. ¿Te mareas en los aviones?

Stacey lo miró y se encontró con la mirada de él. La forma de mirarla le dejaba muy claro que captaría cualquier matiz. No tenía intención de mentirle, pero tampoco quería decirle toda la verdad.

—Estoy un poco nerviosa.

La tomó de la mano y se la apretó cariñosamente.

—Tranquila. Podrías salir vestida de payaso y seguirías gustando a todo el mundo.

Ella dejó escapar una risa y él volvió a apretarle la mano. Una leve sonrisa se asomó a su inexpresiva boca.

—Ha sido como música celestial, señorita Stacey. Espero oírla más veces.

Le soltó la mano para desabrocharse el cinturón de seguridad, levantarse del asiento y abrir la puerta. Luego la ayudó a bajarse como si fuera una niña pequeña. En cuanto tocó el suelo, una camioneta se acercó hacia ellos seguida de una nube de polvo. McClain fue a hacerse cargo del equipaje y la dejó sin saber qué hacer.

El traje de lino color melocotón y los zapatos de tacón eran completamente inapropiados, no sólo para la ardiente pista de aterrizaje, sino para volar en una avioneta y montarse en una camioneta polvorienta. Se habría puesto otra cosa si hubiera sabido que terminaría el día de esa manera, pero ya era demasiado tarde. Era una mujer que siempre había sido muy puntillosa con su forma de vestir y se encontraba en la tesitura de tener que mantenerse limpia y planchada. Además de seca. Eran las siete de la tarde, pero parecía como si estuviera en un horno. Ya estaba sudando y después de las preocupaciones y tensiones de los últimos días, notaba que se marchitaba rápidamente. La camioneta frenó un poco para pasar por encima del borde de la pista de aterrizaje, pero la nube de polvo la siguió y las envolvió a ella y a la avioneta.

—Parece que sigue sin llover —le dijo McClain al conductor que se había bajado para ayudarlo con el equipaje.

Cargaron las maletas en la parte trasera de la camioneta, le presentó al peón, que se llamaba Jeb, y abrió la puerta de vehículo para ayudarla a subir. La falda era demasiado estrecha, pero antes de que se la subiera discretamente, McClain la tomó de la cintura y

la dejó limpiamente en el asiento. Ella se colocó en el centro, justo antes de que los dos hombres se colocaran a ambos lados y cerraran las puertas.

—Bert ha repuesto la alambrada —dijo Jeb mientras ponía el motor en marcha.

—¿Ha llegado el caballo castrado?

—No le ha sentado muy bien el viaje. Lo metimos en un corral, pero estuvo a punto de destrozarlo, así que lo hemos dejado en el redil de acero.

La cháchara siguió todo el camino hasta la casa y Stacey se sentía marginada y sin entender nada. Le sorprendió darse cuenta de lo mucho que había disfrutado la semana que había estado sola con McClain, pero en ese momento él no le hacía ningún caso y se sentía un poco dolida.

Quizá se debiera a la conversación sobre asuntos que desconocía. Las alambradas, los rediles, los pastos, los depósitos, los volantes y la laminitis hacían que se sintiera cada vez más lejos de su ambiente. Esperaba que no fueran cosas tan raras como parecían y que pronto las entendiera.

Cuando llegaron a la casa principal, Stacey decidió que le gustaba el estilo. La tranquilizó su considerable tamaño y tenía una majestuosidad y consistencia que indicaba que había pertenecido a varias generaciones de McClains.

Nunca había puesto en duda que fuese de su familia desde hacía cuatro generaciones, como él le había dicho, pero, sinceramente, tampoco había esperado algo tan magnífico. Además, como ella había conseguido perder los frutos de generaciones de Amhearsts, le consolaba un poco estar conectada con otro patrimonio familiar que perduraba.

Sintió una penetrante punzada de remordimiento ante la evidencia de que el patrimonio familiar de Oren McClain se mantenía con orgullo y que seguramente, él habría contribuido a conservarlo y ampliarlo.

Se sintió como si al casarse con McClain hubiera escapado al castigo por lo que ella había hecho, como si hubiera hecho trampas. Aunque había aguantado las consecuencias, no había aplacado nada de su remordimiento.

Bastante malo era haberse casado con McClain por su dinero y,

además, buscaba protección y algún sentido a la vida, aunque cuando tenía dinero pocas veces se planteaba la protección y el sentido de la vida.

Las mujeres modernas se protegían solas, decidían sus propias metas e iban a por ellas. Desde luego, no se casaban con desconocidos apasionantes porque tenían que depender de alguien para conseguir esas cosas. La lista de sus defectos aumentaba poco a poco. Cuando la camioneta paró delante de la casa, Stacey tenía el ánimo por los suelos.

Los dos hombres se bajaron inmediatamente y McClain se dio la vuelta apara ayudarla. Cuando volvió a tomarla de la cintura y la dejó en el suelo, ella sintió una punzada de rabia. Hasta ese momento, siempre le había encantado que la trataran como a una pieza de porcelana, pero de repente lo detesto y le impresionó el súbito cambio del desánimo a la rabia. Aunque nunca se había permitido enfadarse demasiado, en ese momento lo hizo La verdad era que no se había enfadado con McClain, sino consigo misma, pero las atenciones de él habían sido el detonante. También era verdad que había pasado una semana disparatada precedida de unos meses de tensión increíble. Quizá, una vez segura, sus sentimientos fueran impredecibles durante algún tiempo. Si se atenía a los buenos modales, ese arrebato de ira y resentimiento pasaría pronto y ella recuperaría su temperamento tibio.

McClain, en vez de ayudar a meter el equipaje, la acompañó hasta la entrada. Los arcos a lo largo de la fachada daban a un profundo porche con suelo de piedra y adornado con tiestos llenos de geranios que entonaban perfectamente con el color rojo de la puerta de doble hoja. Cuando llegaron a la puerta, McClain la abrió de par en par y, acto seguido, la tomó en brazos.

—Bienvenida a casa, señora McClain —gruñó Oren antes de darle el beso ardiente que ella había anhelado desde la noche que aceptó casarse con él.

Fueran cuales fuesen sus sentimientos oscilantes, quedaron arrasados por un tumulto de sensaciones carnales que la dejaron sin aliento. McClain, como si supiera que el peón les seguía los pasos, cortó bruscamente el beso y cruzó la puerta antes de que ella pudiera abrir del todo los ojos. Después de aquel beso, a ella tampoco le importaba mucho a dónde la llevara, sólo le importaba

que él había empezado algo explosivo y lo había interrumpido para dejarla con ganas de más.

Ella no se recuperaba tan rápidamente como él y cuando la dejó en el suelo sintió que las rodillas le flaqueaban. Si no la hubiera sujetado, podría haberse caído al suelo de baldosas del vestíbulo. Cohibida porque el peón lo había visto todo, incluso su momento de vacilación, se apartó un poco de McClain y dio una vuelta para fingir que echaba una ojeada y así disimular el rubor.

El vestíbulo parecía sacado de una revista de decoración. Tenía un cactus más alto que ella, una mesa apoyada en la pared con un enorme espejo Victoriano encima y, en la pared de enfrente, un cuadro antiguo de una mujer vestida con ropa de campo a la puerta de una cabaña y rodeada de praderas quemadas por el sol. ¿Sería una antepasada de McClain?

Antes de que pudiera preguntarlo, McClain dejó que se refrescara en el cuarto de baño del vestíbulo y luego la llevó a conocer toda la casa. Lo primero que hizo fue presentarle a Alice, la cocinera, y a Connie, el ama de llaves. Alice era la mujer del capataz y Connie estaba casada con uno de los peones. Las dos vivían en casas que había en el rancho, pero no en la casa principal, lo que sorprendió a Stacey.

Le gustaba el color y la energía de la casa, aunque era casi lo contrario de su apartamento de Nueva York. En los suelos de madera oscura había alfombras de lana de colores brillantes que entonaban con los muebles sólidos y masculinos.

Había algunos detalles femeninos, un cojín de seda, un florero con flores, volantes y encajes, algún cuadro, pero era claramente la casa de un hombre y decorada para un hombre. Todo parecía duradero y consistente y algunos objetos debían de ser de hacía algunas generaciones. Los vaqueros y los rancheros podrían entrar y salir sin sentirse fuera de lugar. Todo estaba limpio y cuidado, lo que le indicaba que el personal de la casa estaba orgulloso de su trabajo.

Estaba gratamente sorprendida por todo, sobre todo por tener aire acondicionado.

El dormitorio principal era mucho más grande que los otros cinco. Tenía una mesita baja junto a las puertas correderas y un pequeño sofá y una butaca enfrente de la cama. Todo transmitía

una sensación de intimidad matrimonial para la que no estaba preparada. Era sorprendente que en una casa amueblada según el gusto de un hombre hubiera dos vestidores.

—Ya sé lo que estás pensando —comentó McClain burlonamente mientras ella lo miraba—. Si tu vestidor se te queda pequeño, puedes usar un poco del mío, siempre que me dejes algo de sitio.

El brillo de sus ojos le indicaba lo mucho que le había sorprendido la cantidad de ropa que tenía y, naturalmente, se preguntaba si cabría en los vestidores.

—No hace falta que traiga toda la ropa —aseguró ella.

Tampoco sabía dónde podría guardar la ropa que no era de la temporada. Seguramente había algún desván en una casa de aquel tamaño. O quizá encima del garaje para seis coches que había a cierta distancia de la casa. Además, podía plantearse la posibilidad de deshacerse de algunas cosas.

La idea la sorprendió, porque tendía a quedarse con toda la ropa aunque no la usara. Era el mismo sentimentalismo que le había impedido vender sus muebles, sobre todo los heredados.

Una vez vista la casa de Oren McClain, por lo menos tenía algunas esperanzas de que las antigüedades de los Amhearst pudieran añadir un detalle suyo en algún rincón. Quizá pudiera usar su porcelana y su cristalería para recibir aunque no sabía si los actos sociales se celebraban en la casa. El comedor era bastante solemne, por lo que quizá pudiera usar su cristalería labrada.

Le resultaba más fácil encajar sus pertenencias en la casa de McClain que encajarse ella misma. Al verse en el espejo del vestíbulo, junto a la mujer del cuadro, se encontró muy urbana y fuera de lugar. Suponía que parecía igual de desplazada entre tantos objetos coloristas y masculinos. Lo que le recordó las diferencias entre McClain y ella. Él era alto, rudo y moreno; ella era baja, de aspecto frágil y rubia. Él era todo virilidad pura y dura y ella feminidad y delicadeza. Aunque eso se consideraba ideal, sólo era el preámbulo de una larga lista de diferencias menos deseables. Sus orígenes no podían ser más distintos y, seguramente, sus corazones, sus intereses y sus formas de pensar serían como la noche y el día. Notó esa diferencia con más crudeza que nunca y sintió una sacudida.

¿Qué había hecho? Se sintió como una niña que hubiera pedido

un helado de fresa cuando en realidad lo quería de vainilla. Siempre había podido rechazar la fresa y volver a la vainilla, pero esa vez estaba casada y tenía que olvidarse para siempre de la vainilla. Quizá la comparación fuera bastante acertada. Nunca había tenido que ser una adulta, al menos, nunca había tenido que asumir las responsabilidades de una persona adulta. Sin embargo, se había casado con un hombre tan adulto que era difícil imaginárselo como niño. Además, no sólo era adulto, era todo un hombre adulto. No había nada más adulto que el ardor de sus ojos negros al apoyarse en la puerta del vestidor. Era la atracción sexual personificada con los dedos de las manos metidos en los bolsillos de los vaqueros y la lenta mirada de arriba abajo que le lanzó, por no decir nada de la descarada mirada de abajo arriba.

—Parece como si fueras a dejarte llevar por el pánico —le dijo él con aire cansino justo cuando ella sintió lo mismo.

—Estaba pensando… que somos tan distintos… —reconoció, dispuesta a ser tan sincera como pudiera.

—Así nos hicieron y lo agradezco más de lo que puedes imaginarte.

Él quería darle un sentido *sexy*, pero ella no hablaba de sexualidad. Ojalá ésas hubieran sido sus únicas preocupaciones. Hasta al momento, él la había fascinado como hombre, aunque la intimidad la pusiera nerviosa, pero no podían centrarlo todo en el sexo y las cuestiones entre hombres y mujeres. Como los demás matrimonios de mundo, ellos pasarían más tiempo fuera de la cama que dentro y no tenían casi nada en común, excepto un certificado de matrimonio.

—No me refería exactamente a esas diferencias —replicó Stacey.

—Y yo no puedo pensar en otra cosa —afirmó él con voz ronca.

Su rápida reacción borró todo lo demás y repentinamente, notó todas las preocupaciones por tener que acostarse con él tan pronto y consumar el matrimonio. ¿Nunca volvería a tener una vida sin sobresaltos? Se encontraba como un ratón en un laberinto que intentaba encontrar la seguridad y la libertad que había tenido siempre, pero que sólo entraba en caminos que no llevaban a ninguna parte.

McClain sacó una mano del bolsillo y se la extendió con una mirada muy convincente. La áspera calidez tuvo un efecto

inmediato y ella notó un estremecimiento en todo el cuerpo.

—Será mejor que cenemos antes de que se haga demasiado tarde para que Alice se vaya a su casa. Eres demasiado tentadora con una cama cerca —añadió.

Aquellas palabras dejaban muy claro que era inútil intentar retrasar una verdadera noche de bodas. ¿Acaso no lo sabía ya? McClain no era un hombre que esperaba para tomar lo que le pertenecía.

Se habían casado esa mañana y el matrimonio se consumaría esa noche. Era así de sencillo para un hombre tan práctico, seguro de sí mismo y abrumadoramente masculino. Además, consideraría que tenía derecho. Aunque ella no sabía si era porque creía que se había comprado una mujer o porque se había casado con la mujer que había ido a buscar a Nueva York. Esperaba que fuera lo segundo, pero también pensaba que quizá no lo supiera nunca.

Otra prueba más de que tendría que haber encontrado algo de temple para enfrentarse a un futuro propio y no a ése.

Ante su sorpresa, él no la besó, aunque sí le besó la palma de la mano. No le quitó los ojos de encima y, cuando hubo terminado, algo cambió en su mirada y la llevó hasta el vestíbulo.

Capítulo 5

Cenaron en el comedor, que se había transformado mientras recorrían la casa. Habían puesto la mesa con porcelana, cristalería fina y flores recién cortadas. Junto a las flores había un candelabro precioso que daba una luz tenue y romántica a la habitación. Incluso había una botella de champán en una cubitera con hielo. McClain le separó la silla para que se sentara y descorchó la botella con una destreza que indicaba bastante práctica. No derramó ni una gota y sirvió una cantidad moderada en las copas de flauta. Lo que venía a ser otra prueba de que Oren McClain no era el paleto que ella había pensado. Durante toda la semana habían ido a restaurantes y ella se había dado cuenta de que sabía usar los tenedores perfectamente y sus modales la convencieron de que podía estar en cualquier situación. Estaba algo avergonzada de haber pensado lo contrario.

También había observado que el esmoquin que llevó a la fiesta de Buffy no era el único que tenía, había visto más en el vestidor, lo que quería decir que tenía mucha vida social.

McClain se sentó en la cabecera de la mesa y a ella le gustó que la sentara a su derecha. Había cenado infinidad de veces con su abuelo que exigía que ella se sentara en la otra cabecera de la interminable mesa. Era un ejemplo más del distancia —miento emocional con el que la había criado, por lo que le gustaba esa sensación más acogedora.

McClain levantó la copa y esperó a que ella hiciera lo mismo.

—¿Quieres hacer el primer brindis o prefieres que lo haga yo?

—Hazlo tú.

Él esbozó una lenta sonrisa.

—Por lo próximos cincuenta años… y más.

La coletilla no se refería sólo a la cantidad de años. Stacey lo adivinaba en el brillo intenso de su mirada y sintió un arrebato de timidez mientras chocaban las copas y daba un pequeño sorbo.

McClain le sirvió un poco más mientras ella pensaba en un brindis, pero no se le ocurría ninguno especial, aunque sí tenía una esperanza sincera.

—Para que seamos felices durante esos cincuenta años… y más.

A él pareció satisfacerle, chocaron las copas y bebieron el champán. Luego, empezaron a cenar. Era una cena bastante corriente con verduras cocidas, patatas al horno y un filete grueso y jugoso.

Era el tipo de comida sin complicaciones que McClain también había preferido cuando estaba en Nueva York.

A Stacey, al revés que a sus amigos vegetarianos, le gustaba la carne y ésa, aunque con una preparación muy sencilla, estaba muy bien hecha. Quizá no supiera cocinar, pero apreciaba la buena cocina. También era posible que lo disfrutara tanto porque le aliviaba mucho saber que había una cocinera competente y que ella no tendría que ocuparse de nada.

—Espero que no te importe que no estemos pasando una luna de miel —comentó McClain.

El comentario la sorprendió y levantó la mirada para encontrarse con la de él clavada en ella.

—Hemos estado tan ocupados que ni siquiera me había acordado de la luna de miel —replicó ella con sinceridad.

—He estado tanto tiempo fuera que tenía que aparecer por aquí una temporada. Ya iremos a algún lado más adelante. Quizá después del herradero.

Ella no tenía ni idea de lo que era el herradero y lo pasó por alto.

—Te gusta viajar —le preguntó ella.

—Aquí es donde mejor me lo paso, pero ahora que tengo con quien viajar, será mucho más divertido.

Stacey sonrió. Era muy cariñoso e indicaba que McClain podía estar dispuesto a hacer algún cambio en su forma de vida si ella se

lo pedía.

—Viajar está muy bien, pero yo también disfruto más con las cosas que están cerca de casa.

Quería devolverle el cumplido y decirle que ella también estaba dispuesta a hacer algunos cambios en su forma de vida.

Además, era verdad. Tenía amigos que cruzaban el mundo por cualquier motivo, pero a ella no le gustaba. Aparte, tenía mucha vida social en Nueva York. Según cómo aguantara el aislamiento del rancho, y el viaje desde San Antonio había aumentado la sensación de aislamiento, quizá pronto agradecería algunos viajes.

—Yo preferiría que pasáramos algún tiempo los dos juntos —insistió McClain como si quisiera que ella no se olvidara del asunto que le interesaba—. Tengo que dedicar algunas horas al rancho, pero podemos aprovechar el resto del tiempo para conocernos mejor.

Stacey se sintió conmovida, pero esa sensación se disipó pronto.

—Tienes que acostumbrarte a las cosas —siguió diciendo él— y eso incluye aprender a llevar el rancho. Si me pasara algo, los dos tenemos que saber que puedes ocuparte. Lo mejor es empezar con las cosas sencillas, como aprender a montar a caballo.

Stacey se quedó petrificada. No podía estar hablando en serio. Una cosa era aprender a montar a caballo, pero la idea de que ella tuviera que llevar aquel rancho era disparatada. A ella le había preocupado tener que cocinar o limpiar la casa, pero aquello era ir demasiado lejos. Sobre todo cuando había sido incapaz de ocuparse de la fortuna de su familia. No quería ser responsable de la fortuna de McClain. No se trataba de inversiones, era ganado y petróleo. Stacey se sintió mareada.

—No lo dirás en serio… —empezó a decir con cierto espanto que no podía disimular.

—Completamente en serio, señorita Stacey. Eres perfectamente capaz. Tienes que mostrar confianza en ti misma, pero la tienes dentro de ti y puedes hacer lo que quieras. Quizá ésa sea la clave; tienes que quererlo.

Al principio, su cerebro pasó por alto la pequeña puya del final porque había oído algo que la había distraído. Algo que la había halagado, como si Oren McClain hubiera visto que dentro de ella había algo admirable que no había visto nadie más. Algo que ella

tampoco había visto y que no estaba segura de que estuviera allí.

Su abuelo nunca había dejado entrever que pensara que ella tuviera ningún talento. Quizá por eso liquidó todos sus negocios durante los últimos años, para que ella sólo tuviera que ocuparse del dinero y las inversiones. McClain acababa de decir que él había captado algo que merecía la pena. Quizá se lo hubiera imaginado ella porque quería imaginárselo.

¿Acaso no se daba cuenta de que se había casado con él porque no había podido con sus responsabilidades? Le había contado cómo se había arruinado y había dado por supuesto que él se habría dado cuenta de que ella se casaba para salir fácilmente del embrollo. Al fin y al cabo, ninguno de los dos fingía que el matrimonio fuera por amor.

En parte, por eso estaba tan nerviosa ante la idea de tomar las riendas de todo lo de McClain. Sobre todo cuando sería algo parecido a convertirse en gobernadora de Texas.

Dio un precipitado trago de agua, pero no la ayudó a acabar con la sequedad de la boca. Tampoco podía seguir comiendo y dejó la servilleta junto al plato.

—Si quieres ducharte la primera, yo puedo recoger la mesa por Alice.

Ella tardó en reaccionar con la nueva conversación y en acordarse de que Alice era la cocinera. Stacey miró el elegante reloj que había en la pared y luego volvió a mirar a McClain.

—Sólo son las nueve… —replicó ella sorprendida ante la idea de que él quisiera acostarse tan pronto.

Ella no solía acostarse antes de la una o las dos de la madrugada y no conseguiría dormirse. Hasta que se dio cuenta de que McClain no pensaba precisamente en dormirse.

—Aquí nos levantamos a las cinco —le informó él mientras se levantaba para apartarle la silla—. Las nueve es bastante tarde.

Stacey se levantó un tanto nerviosa. Primero le comunicaba una cosa que la había sumido en el caos y luego seguía con otra casi igual de perturbadora. Estaba claro que él esperaba una intimidad completa esa noche, quizá antes de una hora, pero ella necesitaba algo de tiempo para prepararse emocionalmente.

No sabía cómo ralentizar un poco las cosas.

—Podemos recoger entre los dos. He oído algo sobre unos

mensajes en el despacho, me parece que fue Connie.

Se detuvo al ver el brillo burlón que apareció en sus ojos.

—Me resulta difícil acordarme de no sé qué mensajes en una noche como ésta.

A Stacey le ardían las mejillas, pero no comentó nada. McClain aceptó el silencio de ella tomó la cubitera y la llevó a la cocina para volver con una bandeja.

El silencio se hizo más profundo y al darse cuenta, Stacey notó que la tensión entre ellos era cada vez mayor. McClain se ocupó de retirar los candelabros y ella puso la vajilla en la bandeja.

Cuanto más se alargaba el silencio, más le pareció a ella que el ambiente se cargaba de electricidad. Cualquier sensualidad parecía aplacada en ese momento cuando la excitación más evidente flotaba en el aire.

Fueron a la cocina en medio de ese silencio sepulcral. No se podía disimular que la noche se dirigía inexorablemente hacia el momento de tener que compartir la cama.

Por lo menos sabía poner un lavaplatos. En cuanto lo hizo, él la agarró de las manos y la abrazó.

La miraba con intensidad.

—Estás nerviosa por esta noche.

Por lo menos, parecía comprenderlo y él sonrió levemente.

—No estés nerviosa. A lo mejor parece que he estado esperando durante años a que llegara esta noche, pero comprendo que es un poco precipitado para ti.

No la había soltado, pero la sensación de estar entre sus brazos tenía el mismo efecto turbador que tenía siempre y empezaba a derretirse.

Ya era su marido y seguro que tenía suficiente experiencia como para superar la inexperiencia de ella. ¿Acaso no se echó atrás hacía unos meses por lo mucho que la turbaba? Sin embargo, ya tenía la seguridad del matrimonio y que la abrumara no sería tan amenazador.

El bajó la cabeza y la besó en los labios con firmeza. No era un beso arrebatador, como había esperado ella, sino persuasivo y tranquilo. Tampoco fue largo, lo que fue otra sorpresa. Sin embargo, ella tardó en abrir los ojos mientras él levantaba la cabeza.

—¿Por qué no vas yendo a hacer lo que quieras hacer? Yo iré enseguida.

Stacey se escabulló de sus brazos y se apartó, pero le preocupaba que más tarde no estuviera igual de alterada que casi deseó que él hubiera seguido y la hubiera seducido en aquel instante. Intentó sonreír y no parecer nerviosa, pero comprendió que no lo había conseguido al ver el brillo apagado de sus ojos.

—Intentaré… no tardar demasiado.

Stacey se arrepintió de haberlo dicho. Sus vacilantes palabras parecían insinuar que no podía esperar y que deseaba que él se diera prisa. En realidad, pensaba que no sería capaz y que todo saldría mal.

Le temblaban las piernas mientras iba al dormitorio, que estaba en el otro extremo del rancho. Intentó recordar todo lo que había oído o leído sobre el sexo. Quizá no fuera muy importante que tuviera experiencia o no. Eso era imposible, el sexo satisfactorio era prioritario para todos los hombres y, por lo tanto, lo sería aún más para un macho desenfrenado como McClain.

Sombría y medio mareada, se encerró en el cuarto de baño del dormitorio con la ropa de dormir. Estaba tan preocupada que no cabía en sí. Una ducha rápida y unos minutos secándose el pelo no la tranquilizaron mucho.

Era demasiado pronto. McClain le gustaba muchísimo y ella también parecía gustarle a él, pero ninguno de los dos había dejado entrever siquiera que aquello se pareciera al amor. Se atraían una barbaridad, pero no se conocían más que unos amigos recientes con intereses comunes.

Había leído un artículo que decía que si se tenían relaciones sexuales demasiado pronto, se interrumpía la maduración emocional de la relación de pareja y se impedía que ésta se hiciera más profunda. Ella siempre había considerado que el sexo era la máxima expresión de un amor profundo y entregado y por eso había esperado haberse enamorado perdidamente durante la semana.

Ella no creía en el amor a primera vista, pero sí creía en que una atracción profunda podía convertirse rápidamente en amor. Sin embargo, que no le hubiera ocurrido a ella significaba que tampoco le habría ocurrido a él.

Él parecía tan interesado en dar paso al aspecto sexual del matrimonio que ella empezaba a dudar que el amor fuera siquiera un aspecto secundario para él. El se lo había declarado al proponérselo por segunda vez. Lo que había dicho sobre la atracción y la elección cobraba más importancia.

Quizá los hombres tan físicos y brutalmente masculinos sólo valoraran el aspecto carnal de una relación y apenas pensaran en el aspecto emocional. Ella pensaba justo lo contrario, pero era el momento de acostarse y era imposible que esa noche pasara sin una buena dosis de sexo.

Stacey terminó de peinarse y se miró en el espejo de cuerpo entero. La blancura satinada de su camisón y de la bata a juego le daban un aspecto de pureza casi intocable. Era la viva imagen de la virginidad femenina. Se sintió un poco aliviada al ver su reflejo casi etéreo. Quizá ello aplacara la ansiedad de McClain. No había demostrado precisamente que fuera una experta en esas lides, así que quizá pudiera hacerle comprender que para ella era algo monumental y cuando lo hubiera comprendido, quizá se planteara esperar a que los sentimientos entre ellos fueran más fuertes.

Stacey oyó un leve ruido en el dormitorio. Tuvo que reunir casi todo el valor que tenía para abrir la puerta del dormitorio y salir, pero hizo el esfuerzo antes de que perdiera todo el temple. Por lo menos tenía que demostrar madurez en eso.

Sin embargo, cuando vio a McClain sólo con los pantalones negros del pijama, que resaltaban la anchura de sus hombros y la musculatura del pecho y el abdomen, notó que el valor se esfumaba como se le esfumaba el aliento.

La novia estaba tan hermosa que dolía mirarla, pero era un dolor que merecía la pena soportar.

Después de echar una ojeada a los mensajes y de asegurarse de que no había nada urgente, Oren había ido al dormitorio para recoger algunas cosas y ducharse en uno de los cuartos de baño de invitados. Para no impresionar a su nerviosa novia, se puso unos pantalones de pijama. Sin embargo, cuando ella salió, le clavó sus delicados ojos azules en el pecho y él notó que parpadeaba algo impresionada.

Ella, vestida con un camisón de satén blanco que a la vez ocultaba y resaltaba su figura, sólo necesitaba unas alas y una varita

mágica para parecer un hada salida de un cuento o un ángel.

A Oren le gustaba que en ese momento no fuera la sofisticada de la gran ciudad, sino alguien que parecía vulnerable, tímida e insegura. Los modales exquisitos que empleaba para mantenerse distante y segura, no le servían de nada y la preocupación que reflejaban sus ojos dejaba muy claro que ella lo sabía.

Sin embargo, ella no sabía que él no era el bárbaro sediento de sexo que temía. Era su noche de bodas, pero no hacía falta que ella hiciera nada más para demostrarle que no estaba preparada para llegar tan lejos como él habría querido. Además, él tenía otros motivos para hacer el esfuerzo de esperar.

Aun así, tampoco haría promesas precipitadas. Era un hombre que se preciaba de controlar su apetito sexual, pero se quedó sorprendido por la repentina falta de confianza en ese terreno. Stacey era su mujer y él sospechaba que la idea de estar casado hacía que estuviera menos seguro de poder contenerse. Para él, el matrimonio permitía dar rienda suelta al deseo sexual y él lo anhelaba. Sin embargo, no sería esa noche. Sus buenas intenciones no durarían muchas noches más, pero no sólo quería esperar a que todo fuera más natural entre ellos, sino que estaba esperando al resultado de algo que podía ser muy importante para su mujer. Además, no hacía falta ser muy perspicaz para saber que Stacey se lo agradecería; en ese momento y más adelante.

Ella se había quedado parada al verlo de pie junto a la cama y se había entrelazado los dedos en el regazo. Él lo interpretó como un gesto para mantener la actitud tranquila, aunque le pareciera más bien que lo hacía para no derrumbarse.

Alargó una mano y esperó a que ella la tomara.

Capítulo 6

Stacey no podía apartar la mirada del rostro rudo y severo de McClain y no le importaba que le hubiera obligado, silenciosamente, a cruzar la habitación y tomarlo de la mano. Él ya lo había hecha otras veces y ella había obedecido automáticamente, como si no supiera si eso le gustaba o no. McClain le tomó la otra mano.

—Esta noche estás guapísima —lo dijo con un tono áspero, *sexy* y profundo—. No es que no lo estés a todas horas, pero esta noche lo estás todavía más.

El se inclinó para besarla con delicadeza y ella dio un respingo por la sacudida ardiente que sintió en todo el cuerpo. Las manos entrelazadas mantenían los cuerpos separados, pero Stacey se acercó un poco más llevada por el anhelo de recibir un poco más de aquella dulzura inofensiva.

La boca de McClain se separó de la suya, pero ella volvió a acercarse porque se sentía mareada y un poco débil. Lo único coherente que le pasaba por el cerebro era que hasta el momento no había estado mal y que quizá estuviera bien.

—¿Prefieres el lado izquierdo o el derecho? —le preguntó él.

Ella abrió los ojos para mirarlo y sin llegar a creerse que le había hecho esa pregunta. Una pregunta que no entraba en el sistema de seducción que ella imaginaba.

—No estoy… segura —contestó antes de que se le aclararan las ideas—. Nunca he compartido una cama.

Perfecto. Reconocer que no había compartido una cama era lo

mismo que dejar claro que no había tenido relaciones sexuales. Por lo menos eso esperaba ella.

Él hizo una mueca con la comisura de la boca y ella observó un brillo en sus ojos que le indicaba que había captado el mensaje. Ante su sorpresa, él no hizo ningún comentario, sino que se mantuvo en el asunto inicial.

—Siempre podemos cambiar de lado si te cansas —concedió él mientras la tomaba del cinturón de la bata, aunque se limitó a juguetear con la tela entre el pulgar y el índice.

—Me gusta el tacto del satén —siguió él antes de soltarle el cinturón con un diestro movimiento.

La bata, naturalmente, se abrió. Las recias manos de McClain la abrieron un poco más y la tomó de la cintura. Ella le apoyó las manos en el pecho.

Fue un error. La sensación cálida de la piel que cubría los músculos era tan impresionante que la dejó sin aliento. Su cuerpo era la virilidad personificada y todo lo que tema ella de femenino vibraba de excitación y miedo. Se elevó sobre ella y la fuerza del abrazo podría haberle destrozado todos los huesos, pero la sensación de protección y amenaza se fundieron de tal forma que ella se sintió completamente femenina, débil y poderosa a la vez.

Débil porque su feminidad era el contrapunto de su fuerza masculina, pero poderosa porque notaba que lo había atrapado de alguna forma primitiva que le permitía dominarlo.

Stacey sintió una sensación de dominio embriagadora hasta que él subió las manos por sus costados y la bata se deslizó sobre los hombros para caer en el suelo formando un elegante círculo a sus pies. Él apoyó las palmas de las manos en sus estrechos hombros y luego le recorrió los brazos desnudos con las yemas de los dedos.

El cuerpo del camisón era sencillo y tentador. Tenía un escote amplio y profundo que llegaba hasta la cintura. McClain recorrió con la mirada cada centímetro del escote antes de volver a levantarla para mirarla a los ojos. Su gesto era completamente inescrutable.

—Las señoras primero.

La intensidad de sus ojos negros revelaba un deseo casi incontrolable y cuando dejó de tocarla, ella se volvió vacilantemente para acostarse a la vez que deseaba huir a un sitio

más seguro.

McClain recogió la bata, la dejó en la butaca y dio la vuelta a la cama para ir al otro lado. Eso le dio tiempo a ella para taparse hasta los hombros. Contuvo la respiración cuando el colchón se hundió bajo su peso, él se metió debajo de las sábanas y se volvió para mirarla. No se acercó y dejó un palmo de distancia entre ellos, aunque ella notaba el calor de su cuerpo en todo el costado. Oren apoyó la barbilla en la mano y sonrió burlonamente.

—Tiene los ojos grandes como platos, señora McClain, pero la cena ha terminado y esta noche puedo pasar sin postre.

Le tomó una mano gélida con la que él tenía libre y se la llevó a los labios. Le besó los nudillos y luego se inclinó para depositarle un beso igual de delicado en los labios.

—Nada me gustaría tanto como hacer lo que suele hacerse en las noches de bodas, pero ya nos hemos precipitado con muchas cosas. Quizá sea preferible calmarse un poco y recrearnos con algunas cosas que nos hemos saltado.

Era una de las cosas más amables y consideradas que podía haber dicho y ella no pudo evitar que la embargara el cariño por él. Ella había esperado que esa noche no le exigiera intimidad, pero no había pensado sinceramente que él volviera a planteárselo. Efectivamente, no había vuelto a planteárselo porque ella estaba segura de que lo había planeado así desde el principio.

Su atracción hacia él se convirtió en algo mucho más consistente y profundo, aunque no estaba preparada para reconocerlo. Levantó la mano y le acarició la mejilla.

—Eres exquisitamente considerado, ¿verdad?

En realidad, no era una pregunta, pero hizo que lo pareciera.

McClain, como si el halago le incomodara, esbozo media sonrisa y ella supo que iba a hacer una broma.

—Caray, señora. Creo que la modestia me impide atribuirme virtudes que empiecen por palabras como exquisitamente… pero puede merecer un beso; como recompensa.

Stacey no había notado que él pudiera ser bromista y le gustó inmediatamente. Tampoco pudo evitar la sonrisa de alivio y placer. Lo engatusó para que se inclinara y cuando él obedeció, lo besó.

Una vez libre de la presión del sexo, el beso fue algo más intenso. Ella le rodeó el cuello con los brazos y él se acercó tanto

que estaba medio tumbado encima de ella. El beso se convirtió en una llamarada que podía haberse escapado al control si McClain no se hubiera apartado.

Mientras recuperaban el aliento y esperaban a que el pulso se les calmara, la excitación amenazaba con elevarse al máximo por la sensación de ser dos cuerpos abrazados y sólo separados por una capa de satén y un trozo de finísimo algodón. Una vez más, McClain tuvo el dominio de sí mismo y el buen juicio de tumbarse de espaldas.

—Nos hemos portado como dos chiquillos que jugaran con cerillas en un pajar —los dos eran conscientes, pero la caja de cerillas era tan tentadora…

La comparación hizo que Stacey sintiera una felicidad que no entendía, salvo que fuera porque le había gustado. También le gustaba la sensación de profundo cariño hacia McClain.

Se reprendió un poco por pensar en él como McClain. Su nombre de pila era Oren y si bien lo llamaba así cuando estaba con él, siempre pensaba en él como McClain. Era un nombre rudo, duro e indestructible. Quizá lo hiciera porque necesitaba a alguien rudo, duro e indestructible en su vida.

Oren era un nombre más delicado, amable y vulnerable. No encajaba en absoluto con McClain y, sin embargo, por algún motivo, encajaba perfectamente con él. Quizá una parte del problema fuera que veía a McClain como a alguien que necesitaba y a Oren como a alguien a quien no merecía.

Era una idea que acababa de esbozar cuando él apagó la luz y se acercó. Notó que volvía a tomarle la mano y supuso que volvería a besársela, pero dejó las manos entrelazadas entre ellos y Stacey notó que el corazón le rebosaba de emoción.

—Buenas noches —le deseó él bruscamente.

—Buenas noches —le replicó ella con suavidad.

Era increíble estar acostada junto a McClain, a Oren, agarrada de su mano, deleitándose con el calor que desprendía y, al mismo tiempo, sintiendo una sensación maravillosa de tranquilidad.

Quizá lo que sentía fuera confianza y se dio cuenta de que hacía mucho mucho tiempo que no tenía confianza en alguien. Al pensarlo, se preguntó si alguna vez habría tenido verdadera confianza en alguien, incluso en su difunto abuelo.

Sin embargo, esa noche la tenía en McClain. Mientras disfrutaba de la sensación de seguridad que le daba estar con él, cayó en uno de los sueños más apacibles que había tenido desde hacía mucho tiempo.

Stacey se despertó alguna vez durante la noche con la misma sensación de paz y satisfacción. Que se hubiera despertado abrazada a McClain sólo aumentaba esas sensaciones. No sentía la más mínima timidez, sino un somnoliento placer que podría haberla devuelto al sueño si McClain no se hubiera agitado en ese momento. El tono ronco de su voz era tranquilizador, pero las palabras no lo eran.

—Hora de levantarse, cariño.

Ella consiguió entreabrir los ojos, pero la habitación estaba en penumbra y hacía frío por el aire acondicionado, de modo que se estrechó contra su cálido cuerpo sin querer salir de allí. Seguía siendo de noche. McClain debía de haberse equivocado o hablaba dormido.

Casi había conseguido volver a los abismos del sopor cuando notó una mano enorme que le recorría la espalda y se posaba en su trasero. El gesto no le molestó gran cosa hasta que esa misma mano la sacudió suavemente.

—Vamos, señorita de ciudad. Está haciéndose tarde.

Stacey, algo más despierta, se apoyó en la almohada para mirar a McClain en la penumbra. Tenía la mandíbula cubierta de una incipiente barba y su cabello negro y algo largo estaba atractivamente despeinado, pero sus ojos tenían un brillo burlón que no podía disimular.

—No eres muy madrugadora. Supongo que eso cambiará dentro de unos días.

Él movió la mano en círculos por la espalda de ella y esa confianza hizo que Stacey se girara un poco con la esperanza de apartarle la mano delicadamente. McClain, en vez de captar la indirecta, se acercó y la besó firmemente en los labios.

Se sintió arrastrada antes de poder ponerse en guardia y si él no llega a terminar bruscamente el beso y a levantarse de la cama, ella podría haberse encontrado completamente seducida.

Stacey, cautelosa por lo fácilmente que él superaba sus defensas a primera hora de la mañana, se dio la vuelta a su lado del colchón,

se sentó y apoyó los pies en el suelo. El despertador decía que sólo eran las cinco menos cinco y dejó escapar un leve gruñido.

McClain dio la vuelta a la cama para ayudarla a levantarse.

—Puedes usar este cuarto de baño. Ponte vaqueros si has traído alguno, pero si no, ponte pantalones. Esta tarde te compraremos algo de ropa de faena.

Después de esas concisas órdenes, le dio un pequeño empujón en dirección al cuarto de baño y la dejó sola. Ella, todavía aturdida, entró en el cuarto de baño y se encerró para prepararse. Hasta que se dio cuenta de que debería haber llevado algo de ropa, pero se maquilló, se lavó los dientes y se peinó antes de salir e ir al vestidor, donde estaban las maletas.

La noche anterior sólo había sacado las pocas cosas que necesitaba y en ese momento se dio cuenta de que esa mañana tampoco tendría tiempo para deshacer el resto del equipaje. McClain estaba deseando empezar y ella tenía que encontrar algo rápidamente para tenerlo contento.

Stacey abrió todas las maletas y las vació sobre la moqueta del vestidor para buscar algo. Se alegraba de haber llevado unos vaqueros. Además, se puso una blusa blanca, un cinturón de cuero y unas botas hasta los tobillos.

No podía saber cuándo podría desembalar y ordenar todo lo que había llevado a Texas. No sabía dónde estaban las cosas y tendría que preguntarlo. Sería maravilloso que Connie se ocupara de todo eso, pero sería mejor no dar nada por supuesto hasta que conociera las tareas normales de esa mujer.

Después de encontrar lo que buscaba y de vestirse, Stacey salió del vestidor justo cuando McClain entraba del vestíbulo. Iba vestido con la que debía de ser su ropa habitual en el rancho. Llevaba una camisa de cuadros, unos vaqueros gastados y unas botas negras que distaban mucho de parecerse a las que ella usaba en Nueva York.

Se había afeitado en algún cuarto de baño y parecía tan cómodo con la ropa de vaquero como con el esmoquin o el traje oscuro. Sus ojos negros la miraron de pies a cabeza e hizo una mueca con la boca.

—Por lo menos, las botas tienen buenos tacones, pero la piel es tan fina que va a estropearse. Te encontraremos otra cosa.

Le miró los ceñidos vaqueros de marca y ella captó que se

debatía entre la complacencia masculina y cierta desaprobación.

—Y de paso algunos vaqueros y unas camisas —levantó la mirada hasta el pelo, que ella llevaba suelto—. Un par de sombreros y protección solar.

Stacey lo había escuchado absorta y se miró lo que le parecía una vestimenta perfecta. Jamás en su vida había vestido inapropiadamente y le impresionó que McClain dijera que su ropa no era la adecuada. Si cualquier otra persona le hubiera hecho un comentario similar sobre lo que se había puesto, ella se habría sentido insultada. Sin embargo, no sabía nada de la vida en el rancho y sería mejor fiarse de McClain. Además, no le hacía ninguna gracia que se le estropearan sus botas favoritas. No le gustaba la idea de que le comprara unas botas vaqueras porque no creía que fueran a gustarle. Las botas altas daban calor y eran tan duras que parecían muy incómodas. Sin embargo, a McClain le sentaban muy bien y parecía cómodo.

El desayuno fue un pequeño festín de huevos, carne, tostadas, melón y tarta de café y canela, pero Stacey casi ni lo probó. No estaba acostumbrada a madrugar tanto y quizá por eso no tuviera hambre. McClain le advirtió de que luego tendría hambre, pero ella no pudo terminar ni la mitad de lo que le habían servido. El café era tan fuerte que casi le dio nauseas y tuvo que compensarlo con agua y zumo de naranja.

Cuando terminaron, McClain la llevó al cuarto trastero que había junto a la cocina. Él buscó unas botas y vio los calcetines oscuros que llevaba ella.

—La próxima vez, ponte calcetines blancos. Ésos te abrasarán los pies.

Stacey sonrió.

—¿Qué tiene que ver el color?

—El blanco es más fresco y tienen que ser gruesos. Esta tarde compraremos muchos. Además, no deberías usar bragas de encaje. Las mejores son de algodón blanco, nada sintético. Tú decidirás sobre el sujetador, pero necesitarás algo que aguante bien.

Stacey no pudo evitar una risita nerviosa.

—Disculpa, pero me preguntaba por qué sabes todo eso. ¿Todos los vaqueros lo saben?

McClain la miró con un gesto solemne, pero no completamente

serio.

—Le sorprendería lo mucho que saben los vaqueros de la ropa interior femenina, señora McClain. Veamos si te caben estas botas.

Las botas parecían muy viejas. Cuando se las puso, McClain hizo lo que suelen hacer los vendedores de calzado: ella se levantó, él comprobó hasta dónde llegaba el dedo gordo y luego le apretó él pie para ver la anchura.

Ella dio unos pasos. Eran bastante cómodas, pero se sentía rara y el ruido que hacían no tenía nada que ver con el taconeo delicado y femenino al que estaba acostumbrada. Sin embargo, la altura del tacón le gustaba y le daba más estabilidad que los tacones que solía usar.

—Te quedan bien, pero cuando lleves los calcetines gordos te quedaran un poco justas —dijo McClain. Cuando ella se dio la vuelta para mirarlo vio que tenía dos sombreros en las manos—. Vamos a ver éste.

Le puso el primer sombrero en la cabeza y se lo metió hasta las cejas. Volvió a quitárselo y le probó el segundo. Ése le quedaba bien y Stacey se lo colocó con las manos. También se sentía rara y buscó un espejo.

—Hay algún…

Stacey captó la mirada de McClain y se quedó callada.

Evidentemente, él estaba esperando que dijera la palabra «espejo» y también era evidente que le hacía mucha gracia que ella quisiera mirarse en un espejo.

—Hay uno en el vestíbulo.

El sombrero era marrón tostado y a ella no le entusiasmaba el color. El otro era de un marrón como el de las botas. Stacey se agachó para poner el sombrero junto a las botas y comprobar si los colores por lo menos entonaban.

—Bueno —gruñó McClain con un tono bajo—. Por fin puedo afirmar que he presenciado todas las peculiaridades femeninas que existen.

Stacey se asustó, se levantó bruscamente y lo miró con cautela. McClain sonreía a pesar del tono de censura de su voz. Stacey se puso el sombrero, pero se lo pensó mejor cuando empezó a seguirlo hacia la puerta trasera.

—¿Oren…? Creo que voy a hacer el último…

Stacey no terminó la frase intencionadamente. Ella miró por encima de hombro como si no hubiera captado la indirecta.

—Te esperaré en el patio.

A Stacey no le hizo falta ver su cara para saber que estaba riéndose. Stacey aceleró para no hacerle esperar hasta que se paró en seco en medio del vestíbulo. Hacía un ruido como si fuera una estampida de elefantes y fue de puntillas hasta el cuarto de baño.

Al volver, anduvo lo más suavemente posible porque al andar de puntillas le dolían los pies. Le pareció que tardaba una eternidad. Cuando salió al patio, estaba segura de estar preparada para conocer las instalaciones y dar su primera lección de montar a caballo.

Capítulo 7

Ya hacía algo de calor, pero era agradable y el sol de la mañana daba un tono dorado a todo. Stacey se sintió optimista y consciente de que hacía muchísimo tiempo que no se sentía así.

McClain estaba tan absolutamente impresionante y *sexy*, sobre todo con el sombrero negro, que cuando llegó donde estaba él, lo agarró de la mano y tiró para que la besara.

Él obedeció sin quitarse el sombrero y gruñó.

—No me tientes.

La besó fugaz y firmemente y ella se sintió más animada todavía. Luego, fueron agarrados de la mano hasta el extremo opuesto del patio.

La mañana era maravillosa, McClain era un marido muy paciente y casi complaciente y, de repente, haber perdido su dinero ya no le parecía tan trágico y espantoso. Aquella mañana y la compañía de ese hombre le daban la sensación de que todo saldría bien, de que nunca volvería a pasarlo tan mal como lo había pasado los meses anteriores.

Empezó a mirar alrededor con verdadero interés mientras se dirigía hacia los edificios con McClain. Todo estaba impecable. Había vacas y caballos dentro de un gran entramado de cercas y los edificios, que parecían grandes desde el cielo, resultaron ser gigantescos.

Al principio, Stacey miraba hacia atrás de vez en cuando para ver si seguía viendo la casa porque tenía miedo de perderse. Al fin y al cabo, no había señales ni indicaciones y todos los edificios le

parecían idénticos.

Por fin llegaron a lo que McClain llamó el establo principal. El ancho pasillo de tierra prensada separaba por lo menos una docena de cuadras a cada lado. Algunas cabezas de caballos asomaban por encima de las puertas y todas se volvieron a mirarlos mientras avanzaban por el pasillo.

Sonaron unos relinchos que parecieron saludos y Stacey sonrió. Realmente esperaba que fueran unos animales amigables porque era enormes.

—No hace falta que empieces hoy —la tranquilizó McClain—, pero será mejor que aprendas a cuidar de tu propio caballo antes de caer en la pereza. En algún momento tendrás que ser capaz de hacerlo sola porque todo el mundo tiene muchas cosas que hacer.

Stacey asintió con la cabeza porque comprendía que no podía ser una carga para nadie. Seguramente, podría aprender a cuidar de un caballo porque le pareció que tampoco exigían muchos cuidados. Supuso que a McClain le gustaría que se ofreciera a empezar ese mismo día.

—¿Por qué no empiezo hoy?

McClain la miró con satisfacción.

—¿Estás segura?

Stacey sonrió.

—Sí. ¿Qué tengo que hacer?

La pregunta era el preludio de una lección sorprendentemente interesante sobre el cuidado de su caballo. McClain le eligió una yegua castaña muy bonita que tenía la melena y la cola rubias. Después de que la conociera, McClain le dijo que le pusiera un ronzal. Stacey la sacó de la cuadra y la paseó arriba y bajo por el pasillo.

Estaba bastante impresionada por el tamaño de animal, pero no encontraba que fuera nada difícil y se alegraba de haber empezado en ese momento. Hasta que McClain le enseñó a levantar las pezuñas del animal para limpiárselas e inspeccionar las herraduras. Hubo una rápida preparación de la yegua, que ella no hizo tan rápidamente, y luego una lección práctica de cómo poner la silla de montar.

—¿Quieres que te ayude? —le preguntó él.

Stacey lo rechazó y volvió a notar su satisfacción, lo que le dio

ánimos para ensillarla sola.

Después de unos minutos se arrepintió de haber sido tan voluntariosa. La silla se cayó y cuando consiguió ponerla correctamente, tenía los brazos doloridos. Abrochar las cinchas no fue más fácil y no creía que nunca fuera a conseguir ajustarías suficientemente. Era desesperante que algo tan fácil resultara tan pesado, pero cuanto más se desesperaba, más empeñada estaba en apretarlas con fuerza.

Le pareció que había hecho algo muy importante cuando McClain anunció que las cinchas estaban bien y le propuso cambiar el ronzal por unas bridas. Ya estaba preparada para montar.

McClain, mientras supervisaba y le daba instrucciones, había ensillado su caballo, un alazán muy fuerte.

Él había tardado unos minutos en hacer lo que a ella le había costado un triunfo y eso hizo que Stacey tuviera ganas de hacerlo mejor la siguiente vez.

No tuvo tiempo de disfrutar de ese espíritu competitivo tan desconocido porque tuvo que afrontar la complicación de montarse en un animal tan grande.

—Me preguntaba si esos pantalones no estarían demasiado ceñidos —comentó McClain al comprobar que los vaqueros no le dejaban levantar el pie hasta el estribo—. Puedo ayudarte o puedes llevar la yegua junto a una bala de heno y montarte desde allí.

Stacey estaba dominada por el optimismo y supo cuál era la alternativa que él esperaba que tomará. Miró hacia la bala de heno y decidió que podía hacerlo todo por sus propios medios.

—Lo intentaré con la bala de heno.

McClain se dio la vuelta y se montó en su caballo con una facilidad que era una burla a su incapacidad. No lo hizo con esa intención, pero ella se sintió picada.

Stacey, mientras ya estaba pensando en hacerse con unos vaqueros que no le impidieran montar a caballo, llevó a la yegua junto a la bala de heno que había pegada a la pared del establo.

—Monta por la izquierda —le recordó McClain.

Ella tuvo que dar la vuelta y le costó una barbaridad conseguir que el enorme animal estuviera bien colocado y cerca de la bala. Cuando lo consiguió, se subió a la bala, pero la yegua se apartó un poco.

—Tómate el tiempo que necesites —le dijo McClain con toda la calma del mundo—. Has tirado de la rienda y ella ha pensado que querías otra cosa.

Consiguió montarse por fin, pero su sensación de triunfo duró muy poco al mirar al sucio suelo de tierra que había debajo. La distancia casi daba vértigo. Su optimismo y decisión se esfumaron y el miedo ocupó su lugar.

La yegua era un mamut. Se había acostumbrado a su tamaño cuando estaba en el suelo, pero en ese momento estaba sobre su lomo y cada movimiento de sus pezuñas amenazaba con desmontarla. Se agarró a las riendas y a la silla con las dos manos, pero la yegua torcía la cabeza y avanzaba hacia atrás.

—Suelta un poco las riendas, cariño. Cree que quieres que retroceda y nota tu tensión. Intenta calmarte.

—No puedo.

Esas palabras de cobardía se le habían escapado, pero le daba igual porquera yegua se había movido de lado y estaba a punto de aplastarle la pierna contra la pared del establo.

McClain no hizo caso y volvió a decirle lo mismo con tranquilidad.

—Suelta las riendas. Se parará en cuanto lo hagas.

Stacey, que se sentía desesperada y furiosa por haber rechazado las ofertas de ayuda de McClain, soltó un poco las riendas, pero debió de ser suficiente porque la yegua, efectivamente, se paró. McClain se puso a su lado.

—Puedes aprender a guiarla con las riendas cuando estemos fuera. Suelta un poco más las riendas y dale muy suavemente con los tacones en los costados.

Stacey miró el cuello del animal e hizo acopio de todo el valor que tenía.

—No mires al suelo —le aconsejó él—. Mira hacia delante, hacia las puertas abiertas.

Él iba diciéndole todo con paciencia infinita. Una vez más tranquila y cuando ya había aprendido las señales más sencillas, Stacey comprobó que la yegua obedecía todo lo que le indicaba.

Empezó a disfrutar, es más, le encantó y recuperó el optimismo. Las lecciones de McClain eran extraordinariamente prácticas y lo tuvo en cuenta para el futuro.

Todo había ido muy bien esa vez, pero quizá no debiera echar las campanas al vuelo todavía. Le había gustado que McClain la hubiera seguido tan de cerca y que no hubiera demostrado ni la más mínima impaciencia o censura. Eso era lo que más le había gustado, aunque le había llevado a intentar más cosas de las que habría hecho en otras circunstancias.

Cuando volvieron al establo, una hora más tarde, ella ya estaba convencida y le habría gustado seguir. En realidad, si habían montado todo ese tiempo había sido porque ella se había empeñado. McClain había insistido al final y ella entendió el motivo cuando intentó desmontar.

Las piernas se negaban a colaborar y a ella le pareció más desesperante que ser incapaz de montarse. No quería pedirle a McClain que la ayudara y llevó a la yegua hasta la misma bala de heno. Lo intentó hasta que las piernas le obedecieron.

Sin embargo, cuando posó la bota en el heno, la pierna se le dobló y ella se tambaleó. McClain estaba al lado y la agarró del brazo para dejarla caer suavemente sobre el heno. La yegua volvió la cabeza y la miró con curiosidad.

—¿Te has hecho daño?

McClain la miraba con un brillo burlón en los ojos, pero la boca era una línea recta.

—Sólo en el orgullo. ¿Podré volver a levantarme alguna vez?

—Las piernas se recuperarán. Intenta levantarte. Yo me ocuparé de la yegua cuando haya dejado mi caballo.

Al cabo de unos momentos, Stacey consiguió levantarse y caminó un poco para que le funcionaran las piernas. Vio que McClain estaba desensillando su caballo y pensó que podía terminar lo que había empezado. Soltó las cinchas satisfecha de que desensillarla fuera tan rápido. Se dio cuenta de que McClain cepillaba su caballo y ella hizo lo mismo.

Todo el esfuerzo se vio recompensado con una sensación de deber cumplido. También sabía que McClain estaba contento con ella y eso le satisfacía. Hasta ese momento, ella se había llevado la mejor parte del matrimonio, pero si para hacerlo feliz sólo tenía que participar en ese tipo de cosas, ella lo agradecería.

El optimismo iba en aumento hasta que volvieron a la casa y fueron al despacho.

McClain no se había olvidado ni había cambiado de opinión sobre enseñarle a llevar el rancho para que pudiera hacerse cargo de él si tenía que hacerlo.

Debería haber sabido que McClain no decía las cosas en vano. Pasaron el resto de la mañana en el despacho, aunque se limitaron a ver dónde estaban archivadas las cosas, a conocer el programa informático y a repasar su agenda profesional para los próximos meses.

Ella no tardó en darse cuenta de que no entendía nada y que nunca lo entendería. Acabó mirándolo un poco aturdida y él sonrió como si le hubiera leído el pensamiento.

—No te asustes. Presta atención y quédate con lo que puedas. Quiero que entiendas lo suficiente como para saber lo que hacemos. Hay un capataz, contables y distintos directores. Sólo tienes que saber cómo encaja todo y cómo funciona.

Dicho así no era tan espantoso y se sintió aliviada. Una vez libre de la presión, se quedó impresionada de que McClain, un machote texano como pocos, no fuera de los hombres que querían que su mujer fuera como un objeto de decoración y que no supiera nada y no saliera de casa.

A lo largo del día le había demostrado que quería compartir plenamente su vida con ella y, al parecer, sin reservas. Lo cual la conmovía, aunque también la preocupaba.

Había disfrutado cabalgando y paseando en una mañana tan maravillosa. Incluso había disfrutado al ocuparse del caballo porque había sido la primera vez en mucho tiempo que se sentía mínimamente útil para sí misma.

Sin embargo, no llevaba ni veinticuatro horas ahí. Todo aquello era una novedad muy atractiva, pero ¿qué pasaría si la atracción se esfumaba? No había tenido tiempo para echar de menos Nueva York ni para saber si realmente soportaría el aislamiento.

Todavía no había conocido a nadie excepto al servicio de la casa y a un peón. McClain era la única persona que conocía de verdad y, una vez en su elemento, era muy distinto al que había sido en Nueva York.

En Nueva York había atendido todos sus caprichos y la había mimado. Una vez en el rancho, él se ofrecía a hacer las cosas, pero ella tenía la sensación de que esperaba que ella hiciera todo por sí

misma.

¿Podrá adaptarse a él y vivir allí? Se había comprometido a hacerlo al casarse con él, pero si tenía en cuenta su costumbre de aburrirse y de cambiar de aficiones, ¿tendría fuerza para adaptarse a aquello?

Ese día había aprendido que cualquier trabajo del rancho era un trabajo arduo y que tenía responsabilidades, como asegurarse de guardar en su sitio la silla de montar y de dejar agua para el caballo.

McClain seguramente no pensaría en esas cosas porque las había hecho toda su vida y las hacía automáticamente. Ella ni siquiera se había ocupado de regar las plantas de su casa porque siempre lo hacía otra persona.

Siguió dándole vueltas durante la comida, pero el viaje al pueblo para comprar ropa adecuada la distrajo. Ella nunca se había comprado ropa de trabajo, pero la pequeña tienda también tuvo el efecto habitual y la animó bastante.

Estaba agotada por haber pasado tanto tiempo al aire libre. Lo normal habría sido que el agotamiento le hubiera quitado el apetito, pero Stacey estaba hambrienta y casi no pudo esperar a que sirvieran la cena. Comió exactamente lo mismo que McClain y cuando terminó, estuvo a punto de quedarse dormida en la mesa.

—Me parece que ha sido un día agotador —comentó McClain—. Puedes darte una ducha y acostarte…

Stacey estaba segura de que jamás se había acostado antes de las siete de la tarde, pero cada vez le costaba más mantener los ojos abiertos.

—No entiendo por qué estoy tan cansada, pero si de verdad no te importa, creo que voy a ducharme.

No había hecho más que apoyar las palmas de las manos en la mesa para levantarse y McClain ya estaba a su lado para ayudarla. No pudo ni emitir un gruñido. El cuerpo había ido doliéndole cada vez más, pero ya lo tenía tan rígido que el dolor era casi insoportable.

—A lo mejor prefieres un baño que te alivie un poco el dolor.

Stacey sacudió la cabeza.

—Seguramente me dormiría y me ahogaría. Una ducha está bien.

Había conseguido levantarse y el dolor había remitido un poco. ¿Quién habría, dicho que una pequeña cabalgada podría hacerle eso? Al fin y al cabo, el caballo había hecho todo, pero en ese momento, le daba igual si no volvía a ver un caballo y mucho menos montar en él.

McClain subió con ella los primeros peldaños y luego la dejó sola. Cuando llegó al dormitorio, se acordó de llevarse con ella el camisón y la bata antes de encerrase en el cuarto de baño.

Ya se había quitado la blusa y desabrochado los vaqueros cuando cayó en la cuenta de que primero tenía que quitarse las botas, pero no había forma de conseguirlo. Si intentaba apoyar la puntera de una bota en el tacón de la otra, no podía levantar la rodilla lo suficiente como para hacer palanca. Si se sentaba en la cómoda para doblar la pierna e intentar tirar de ellas, notaba calambres en las piernas.

Dolorida e insoportablemente furiosa, Stacey se levantó para volver a ponerse la blusa. Era ridículo, pero McClain tendría que ayudarla a quitarse las botas y ella estaba tan cansada que le daba igual lo que él pensara.

Cada vez que se movía, le dolía alguna parte del cuerpo. Vio unas tijeras en uno de los cajones y estuvo tentada de cortar las malditas botas si hubiera tenido fuerza para hacerlo.

El desánimo era impropio de ella, aunque la lástima de sí misma era algo a lo que empezaba a acostumbrarse. Se puso la blusa mientras recordaba que había estado cargando con una silla de montar y que eso era parte del precio que tendría que pagar por no haber ido nunca a un gimnasio.

Los botones de la blusa se resistían y sólo se abrochó los justos para resultar decente. Salió del cuarto de baño para buscar a McClain y notó una punzada de orgullo. McClain, el sensacional vaquero de Texas, se partiría de risa. Sabía que ya había disfrutado bastante durante el día, aunque era un caballero y no se había reído. Aunque si era sincera, ella se habría reído un poco si no hubieran sido sus botas.

Seguramente, McClain se había pasado toda su vida montado en un caballo y no comprendería lo mal que se sentía ella y no quería oír ningún comentario indulgente sobre las chicas de la ciudad.

Echó una ojeada a la habitación para ver si se le ocurría algo.

Entonces pensó que él podría guardar un sacabotas en el armario. Había visto uno en la tienda del pueblo. Efectivamente, abrió el armario y se encontró con uno junto a tres pares de botas.

Aliviada, se agarró al marco de la puerta para sostenerse mientras lo usaba, pero el pie se le atascó a mitad de camino. No podía levantar la pierna lo suficiente como para sacar el pie y tampoco podía bajarlo hasta el fondo y acabar con esa nueva tortura.

—McClain…

Lo dijo con un hilo de voz que apenas se habría oído al otro lado de la habitación, pero la voz grave que le contestó hizo que diera un respingo.

—¿Tienes problemas con las botas?

Stacey, asombrada, intentó mirar por encima del hombro y estuvo a punto de caerse humillantemente, pero McClain llegó a tiempo de sujetarla del brazo.

Capítulo 8

—Tendría que haber caído en la cuenta —farfulló él. La tomó en brazos y la llevó a la butaca más cercana. Le quitó las dos botas con una facilidad y velocidad tal que Stacey se sintió incómoda.

—Vas a darte un baño todo lo caliente que puedas.

Stacey miró su rostro inexpresivo y salió de su agotamiento ante la sospecha de que él estaba dispuesto a hacer cumplir su sentencia. Ella sabía que no podría entrar y salir de la bañera por sus medios.

—No… hace falta. Una ducha caliente me vendrá de maravillas.

La miró con un brillo en los ojos y sonrió.

—Mentirosa. Estás agotada —dejó de sonreír—. Ha sido culpa mía. Estuviste demasiado tiempo montando a caballo.

—No, que va, Oren —se apresuró a replicar Stacey—. Sólo tenía algún problema con las botas. Son nuevas y están duras.

Hizo un esfuerzo sobrehumano para levantarse de la butaca como si tal cosa. McClain se apartó para dejarla pasar y ella esbozó una sonrisa forzada.

—No quiero doblar el cuerpo y no tendré que hacerlo en la ducha —ella dudó y quiso parecer agradecida—, pero gracias de todas formas.

Fue al cuarto de baño, aunque el esfuerzo por moverse normalmente hizo que le brotaran lágrimas en los ojos. McClain la siguió y pasó junto a ella para abrir el grifo de la bañera antes de que ella abriera el de la ducha.

Se volvió y la agarró de las muñecas antes de que ella se tambaleara. Luego empezó a desabrocharle los botones.

—No se trata de sexo ni de echarle un vistazo, señorita Stacey —refunfuñó con cierta impaciencia.

Ella no pudo evitar ruborizarse.

—Bueno, pues vas a echarme un vistazo, aunque supongo que la idea de vistazo varía de un hombre a otro.

—Puedo ayudarte hasta que estés en ropa interior y luego darme la vuelta.

—Ja, he oído hablar de la visión periférica, McClain, y de los espejos.

Él no hizo casos de sus bromas producto de los nervios.

—Puedes envolverte en una toalla antes de que te meta y conservarla mientras estás dentro. Cuando hayas terminado, vuelvo a levantarte y me marcho mientras tú dejas la toalla en la bañera y te envuelves en otra seca. ¿Qué te parece?

Stacey miraba su ruda cara mientras él le quitaba el cinturón de los vaqueros, pero cuando él puso los dedos en el cierre del pantalón, ella sintió una oleada de calor en medio.

—¿Te tomarías tantas molestias? —le preguntó ella.

Los dedos de McClain vacilaron un instante.

—Yo no me ocupo de lavar la ropa. Si necesitas varios juegos de toallas para meterte en la bañera y recuperarte un poco, yo no me consideraré un desconsiderado.

McClain estaba sinceramente molesto y enfadado consigo mismo y ella se sintió tan conmovida que sintió mucha ternura.

—Vamos, Oren, no te lo reproches. Soy perezosa y nunca había hecho nada tan cansado. Es culpa mía —levantó la mano y le acarició la mejilla—. No te sientas culpable, por favor.

Él la miró a la cara y dejó las manos quietas. Se inclinó y le dio un fugaz beso.

—¿Quieres una toalla antes de que te quite la camisa y el pantalón?

Ella se sintió más conmovida por tanto respeto.

—Puedo esperar.

No tenía sentido ser tan ridícula. Era su marido y no era tan horrible que la viera en ropa interior.

Él habría visto lo mismo si la hubiera visto en traje de baño.

Le quitó hábilmente la blusa y le bajó los pantalones hasta los tobillos para que apenas tuviera que levantar las piernas. De paso,

también le quitó los calcetines y Stacey se sintió desnuda frente a él.

Cuando él se dio la vuelta para comprobar la temperatura del agua y abrir el grifo de agua fría, ella se quitó rápidamente la ropa interior y se cubrió con una de las toallas que había en la encimera. Empujó el sujetador y las bragas con el pie hasta dejarlos debajo del resto de la ropa.

—¿Te has tapado con la toalla? —Ella asintió—. Adelante, entonces.

McClain se volvió y la tomó de la mano mientras ella se metía en la bañera y se sentaba.

—¿Seguro que no está demasiado caliente? Tampoco hace falta que te achicharres.

—Está bien.

Stacey intentó apoyar la cabeza en la bañera, pero el borde estaba más lejos de lo que se imaginaba y tuvo que agarrarse del brazo de McClain. Él la ayudó a ponerse bien y luego se levantó para sacar otras dos toallas. Le puso una detrás de los hombros y la otra de almohada.

—Mmm… es maravilloso, Oren. No puedo creérmelo. Muchas gracias.

—Me parece que las costuras dobles te han hecho daño en las rodillas. ¿Y más arriba?

—También.

—Ahora entenderás por qué se necesitan costuras planas por dentro.

Ella sonrió con cansancio.

—Nunca se me habría ocurrido.

—Y ya no lo olvidarás.

Stacey puso los ojos en blanco.

McClain se dio la vuelta hacia al armario y sacó un frasco de aspirinas, una crema antibiótica y un tubo pequeño con otra cosa.

—Cuando estés seca, ponte esta crema en las ampollas de las costuras. Ésta —señaló el tubo pequeño—, puedes ponértela en cualquier sitio que te duela, pero también puedes tomarte una aspirina ahora.

Abrió el frasco, sacó un par de pastillas y llenó un vaso con agua. Se quedó junto a ella mientras se tomaba las aspirinas y luego dejó el vaso junto al lavabo.

Stacey no recordaba desde cuándo no la cuidaban así, salvo su niñera cuando era pequeña. Los recuerdos de su madre eran muy borrosos.

McClain era amable y concienzudo. Hacía que se sintiera cuidada y su corazón se abrió más a él.

—Si tienes trabajo en el despacho, no te preocupes por mí —lo tranquilizó ella.

—Casi te quedas dormida en la mesa y todavía pareces cansada.

McClain le acercó una esponja y una pastilla de jabón.

—Tengo que hacer un par de llamadas rápidas —siguió diciendo él—. En cuanto termine, volveré.

La miraba como si no estuviera seguro de poder dejarla sola y ella sonrió para parecer un poco más despabilada.

—Estoy bien. Haz las llamadas y no tengas prisa.

McClain dejó la puerta entreabierta. Stacey miró el jabón. Tenía mucho sueño, pero empezó a frotarse con la esponja. Se prometió que en cualquier caso se ducharía por la mañana y consiguió abrir el grifo de agua caliente para calentar un poco el agua.

Al cabo de un rato oyó a McClain en el dormitorio.

—¿Sigues despierta?

—Estoy bien.

Decidió que si él se iba, ella podría salir porque estaba poniéndose un poco morada y creía que ya no mejoraría mucho por quedarse en el agua.

—Volveré dentro de unos minutos, a no ser que quieras salir ya.

—Estoy bien —repitió ella, que quería que se fuera.

Él ya había hecho bastante y podría apañarse sola. También le fastidiaba decir que estaba bien porque cada vez que lo hacía parecía como si los dos supieran que no era verdad.

No oyó ningún ruido y se levantó con mucho cuidado. McClain había dejado una alfombra de baño y ella se alegró de que todo discurriera mucho más fácilmente y sin tanto dolor. Se secó, se aplicó el antibiótico donde lo necesitaba y luego el linimento por todo el cuerpo, hasta en los brazos. Sintió un calor relajante y, además, el potingue no olía mucho.

Se puso el camisón y se volvió para vaciar la bañera. Lo mínimo que podía hacer era escurrir un poco la toalla que había usado para bañarse. Stacey hizo un esfuerzo monumental para retorcer el tejido

empapado. Hizo lo que pudo y luego la dejó dentro de la bañera. Las demás toallas las metió en el cesto.

Se lavó los dientes, salió al dormitorio y vio la cama abierta. Pensó sentarse en la butaca para esperar a McClain, pero no se sostenía de pie.

Quizá si se tumbara podría esperar a que volviera él. La luz encendida la ayudaría. Pronto, se durmió.

Oren entró en el dormitorio y vio que su mujer estaba acostada y profundamente dormida. Tenía la nariz y los pómulos un poco quemados por el sol, como los dorsos de las manos. Tenía un aire angelical, joven e inocente. Y frágil.

Demasiado frágil para un bruto como él.

Había pensado que su estancia allí la mejoraría, que le sacaría la personalidad y el ánimo que había notado en ella. No había aprobado la vida que había llevado y había considerado que la de él era más valiosa. Como si la vida de ella hubiera sido inútil y la de él llena de sentido. Se había propuesto corregir eso porque se había enamorado de ella.

Sin embargo, Stacey no era un caballo maltratado o díscolo al que había que domar para que tuviera una utilidad. Era una mujer con defectos, fallos y miedos que tenía que solucionar por ella misma. También era una mujer bella y elegante que era amable, delicada y dulce. No había necesitado un programa de afianzamiento de la personalidad.

Por eso se sentía un majadero arrogante. Se había casado con una mujer para convertirla en lo que él creía que tenía que ser. Ella había sido infeliz, incluso cuando tenía dinero, y por eso había pensado que podría encontrar algo satisfactorio en él. Algo que fuera más importante que tener los vestidos más elegantes, comprarse cualquier antojo y asistir a fiestas de postín. Algo que se mereciera la mujer de la que se había enamorado.

Sin embargo, un día después de casarse, ella estaba agotada y dolorida, tan machacada de montar a caballo que apenas podía moverse.

Había sido demasiado exigente con ella. Se había dado cuenta de que ella quería agradarle porque se sentía en deuda y él le había dado a elegir, aunque sabía lo que ella se sentiría obligada a elegir.

Sus manipulaciones la habían llevado a ese estado. Stacey no era

suficientemente fuerte ni estaba en buena forma. Él lo había sabido, pero no se lo había tomado en serio. Por eso estaba dormida antes de que anocheciera y también por eso había decidido olvidarse de sus expectativas y rectificar.

Cuando Stacey se despertó a la mañana siguiente, miró el despertador que había en la mesilla y se dio cuenta de que se había quedado dormida. ¡Eran las cinco y cuarto!

Además, estaba sola en la enorme cama. La almohada de McClain estaba arrugada y todavía se notaba el calor de su cuerpo. Espantada de pensar que él ya se hubiera ido, se levantó y fue al cuarto de baño. Le sorprendía que no la hubiera despertado después de lo que había dicho de madrugar. Se sentía descansada y mucho mejor que el día anterior. Eligió los vaqueros nuevos que ya le había lavado Connie y una de las camisas de cuadros que se había comprado. Le costó un poco ponerse las botas, pero el movimiento estaba soltándole los músculos.

Salió corriendo con la esperanza de que McClain siguiera desayunando. Entró en el comedor justo a tiempo de que Alice le sirviera la comida. McClain estaba doblando el periódico cuando Stacey fue hasta su silla. Él se levantó para separársela.

—No hacía falta que te levantaras tan pronto —gruñó McClain.

Stacey comprendió inmediatamente lo que pasaba y sintió una punzada de intranquilidad.

—No me habrás dado ya por un caso perdido, ¿verdad? —preguntó suavemente mientras tomaba la servilleta.

Él tardó en contestar, lo que confirmó sus sospechas.

—Lo de ayer fue exagerado. Mejor dicho, te obligué a que exageraras.

Exagerado. Por su cabeza pasaron todos los momentos del pasado, de un pasado remoto, cuando había exagerado. Cuando fue a patinar y se raspó las rodillas; cuando se desmayó durante un partido de balonvolea que jugó a pesar de tener gripe; cuando se dislocó un tobillo al aprender a esquiar. Pequeñas cosas que no asustaban a los demás padres, pero que enfurecían a su abuelo y éste se las prohibía.

—Tú no me has obligado a hacer nada —dijo Stacey mientras se ponía la servilleta en el regazo—. Además, me gustó montar a caballo.

—Fue excesivo. Demasiado pronto.

Stacey agarró el zumo de naranja y se acordó de otras conversaciones en las que su abuelo la desanimaba a hacer las cosas y le decía que las dejara en manos de personas más preparadas.

Le había sido imposible tener curiosidad o espíritu de aventura con un abuelo autoritario que no ahorraba palabras crueles o cortantes si ella se empeñaba en hacer algo que a él no le gustaba. ¿Sería McClain como su abuelo? Ella había pensado que era lo opuesto, pero quizá el día anterior no hubiera sido el buen comienzo que ella había imaginado.

No podía dejar de pensar en la palabra «exageración» y en las veces que se la habían reprochado o le habían recordado sus terribles consecuencias.

Stacey decidió que ella también iba a apretar un poco las tuercas.

—Yo esperaba volver a intentarlo hoy.

—Hoy, no —gruñó McClain.

Ella vio confirmadas sus preocupaciones y dio un sorbo de zumo.

—Si no me equivoco, dijiste que mañana lo haría mejor. Mañana es hoy.

Ella lo miró a los ojos. Él le aguantó un segundo la mirada antes de bajarla a la fuente que le había pasado.

—Hoy tienes que quedarte en casa y curarte antes de volver a montar. Quizá dentro de un par de días…

Stacey se sirvió beicon y salchichas.

—Es una tontería —se atrevió a decir con un tono desenfadado —. Esta mañana estoy mucho mejor. Cuanto más me muevo, más ligera me encuentro. Estoy deseando montar y hacerlo mejor.

McClain apoyó el antebrazo en la mesa y la miró con seriedad.

—Anoche te vi. No podías ni moverte.

Stacey notó otra vez la misma punzada. Una cosa era que él se preocupara y quisiera ahorrarle malos ratos, pero temía que pudiera ser algo más.

—No será porque ya puedes asegurar que nunca montaré bien a caballo, ¿verdad?

—Estuviste menos de una hora montada.

—Ahí iba yo. No estuve montando todo el día. Lo de anoche no

demuestra que no pueda montar a caballo sino que no estoy en buena forma —se calló un instante al ver que él endurecía el gesto. Si hoy vuelvo a montar, me pondré más fuerte y practicaré para poner mejor y más deprisa la silla.

—No estoy dispuesto a volver a verte machacada —dijo él con aspereza evidente—. Hoy no vas a montar a caballo y quizá mañana tampoco. Después no montarás más de veinte minutos al día hasta que vayas poniéndote en forma.

Stacey se sentía impotente. Estaba segura de que no había nadie en Texas a quien protegieran de esa manera. Sintió una rebeldía que no había sentido nunca.

—Soy más fuerte de lo que parece, Oren. Además, soy capaz de decidir lo que puedo hacer y lo que no —replicó con mucho cuidado de no levantar la voz.

No tenía mucha seguridad en ese tipo de decisiones porque sistemáticamente daba por sentado que no podía hacer grandes esfuerzos, sobre todo físicos. No estaba muy segura de que hacer algo diferente fuera a dar mejores resultados, pero la otra forma de encarar la vida le había complicado mucho las cosas.

McClain volvió a mirarla y ella adivinó que estaba algo más que irritado.

—¿Eso crees?

El tono de reto era evidente, como lo era el de advertencia. Stacey no sabía por qué se había metido en ese lío. Todo el mundo sabía que era una cobarde y nunca afrontaba una dificultad si podía evitarlo. Sin embargo, se había empeñado en que le permitiera hacer algo que estaba claro que era demasiado para ella.

Seguramente, McClain tenía razón. Sería más sensato esperar un par de días y tomárselo con cierta calma. McClain era el experto en caballos y esas cosas. Daba la sensación que él pensaba que ella estaba buscando pelea, pero ¿qué alternativa la fastidiaría más a ella? ¿Hacer lo que había hecho siempre o ponerse a prueba?

La pregunta seguía flotando entre los dos.

—Sí.

Sonó más rotundo de lo que había pretendido, pero al decirlo le pareció que era vital para ella.

Stacey se sentía decidida a cambiar después de toda una vida de frivolidad y caprichos. Al fin y al cabo, aprender a montar a caballo

y seguir viva tampoco era una operación a corazón abierto o salvar el mundo.

Esbozó una ligera sonrisa para aliviar la tensión.

—Soy la mujer de un ranchero. Tú querías que participara de todo y aprendiera cómo funcionan las cosas —siguió sonriendo—. Hasta ahora, me he quemado un poco con el sol, me he hecho algunas ampollas y tengo un poco de agujetas. Todo eso no es nada, salvo que te incordié anoche. Aparte…

Al oírse decirlo de esa forma se daba ánimos y le quitaba importancia.

La expresión de McClain era tan sombría que tuvo que seguir, consciente de que estaba más apasionada con eso que lo que había estado en su vida con cualquier otra cosa.

—Aparte, lo importante es que conseguí hacer todo lo que me dijiste; conseguí mantenerme montada y lo pasé bien, Oren. Lo pasé muy bien montada en un caballo. Estaba preocupada de no encajar aquí, de que no me gustara nada, pero me gusta, Oren. Me gustó estar ahí fuera y la mañana tan maravillosa que hacía. Me gustó tanto que quiero repetirlo.

Stacey se calló al darse cuenta de que había ido subiendo de tono a medida que se entusiasmaba con su convicción. Estaba dando mucha importancia a algo que sería una nimiedad para cualquiera. Desde luego, lo sería para McClain. Montar a caballo durante una hora sería una ridiculez para unos vaqueros que se pasaban toda la vida encima de uno y no hablaban de ello.

Stacey miró hacia otro lado y se sirvió melón. McClain seguía sin decir nada, pero ella notaba que la atravesaba con la mirada. Seguramente estaría pensando que era una tarada y planteándose por qué se había casado con ella.

—De acuerdo, montaremos a caballo.

Aquellas palabras, apenas murmuradas, hicieron que se volviera hacia él para buscar un gesto de desaprobación en su expresión solemne, pero una débil sonrisa fue iluminando su rostro.

—Lo harás, Stacey McClain.

Ella supuso que era un halago en el idioma de los vaqueros y sonrió prudentemente y con alivio. También notó las primeras chispas de emoción y sintió como si estuviera naciendo algo nuevo y muy bueno.

Capítulo 9

Los días siguientes fueron muy buenos, efectivamente, y discurrieron de formas muy distintas que Stacey disfrutó con toda su alma. Por las mañanas, después de desayunar, montaba a caballo y luego iba a alguna parte del rancho en camioneta. Incluso condujo un tractor y le pareció ridículamente divertido.

Las tardes las pasaba en el despacho con la parte administrativa y todos los días había cosas distintas. Por las noches no se quedaban siempre en casa. A veces iban al pueblo a cenar en un restaurante. Una tarde fueron a una barbacoa que daban en un rancho cercano y conoció a algunos de sus vecinos. Comprobó que los amigos de McClain le llamaban Mac u Orie. También comprobó que lo respetaban y lo apreciaban mucho y le emocionó que ese aprecio se lo brindaran a ella sin ninguna reserva.

Les llegaban invitaciones para una cosa u otra y McClain le dijo que le gustaría que ella organizara recepciones parecidas en el rancho.

Hubo dos mañanas que no montó a caballo porque fue con McClain a una feria de ganado en Fort Worth. Se quedaron a ver el rodeo y, naturalmente, McClain la llevó de compras a Dallas.

Cuando tenía algún momento, también desembalaba las cosas que había llevado desde Nueva York y había almacenado en el enorme garaje. Entonces, un cuadro o una antigüedad de los Amhearst se hacía un hueco entre los muebles de Oren. Connie le ayudó a desembalar y colgar su ropa de verano y a repartir la ropa de invierno entre dos de los cuartos de invitados.

Todas las noches se daba un baño de agua caliente porque su cuerpo seguía reaccionando a las nuevas exigencias. Al cabo de un par de semanas, los dolores musculares fueron desapareciendo y los baños eran ya una costumbre placentera más que una necesidad.

No había dos días que fueran iguales y a Stacey le asombraba lo poco que echaba de menos a Nueva York. Parecía como si estuviera ocupada cada minuto del día, pero eran los momentos más tranquilos y felices que recordaba. Además, la relación cada vez más profunda con McClain también era cada vez más cariñosa.

Sin embargo, todo ello tenía dos defectos que pronto empezaron a molestarla. El segundo más preocupante era que todavía no había consumado el matrimonio. La tensión sexual entre ellos a veces era tan explosiva que parecía que iba a estallar, pero McClain siempre se contenía en el último momento.

Si las cosas no hubieran ido tan maravillosamente bien entre ellos, quizá su preocupación habría sido mayor, pero era una preocupación en cualquier caso.

Sin embargo, su mayor preocupación y la verdaderamente profunda era que por muy bien que se encontraran juntos, todavía no le había oído decir nada parecido a «te quiero».

Ella, naturalmente, tampoco lo había dicho, pero ya estaba enamoradísima y tenía que esperar el momento adecuado para decírselo.

Al final, seducir a McClain fue una decisión repentina. Seguramente, él le declararía su amor en un momento de intimidad, como lo haría ella. Le animaba que a él le resultara cada vez más difícil contenerse.

Si bien no tenía ninguna experiencia en nada que no fuera un beso y no daba la imagen de seductora, notaba perfectamente que había que intentar otra cosa. Durante los últimos meses había intentado otras cosas y le habían salido bien, de modo que eso también podía salir bien.

Stacey se miró en el espejo del vestidor. Se había comprado el diminuto pijama cuando estuvieron en San Antonio. Lo hizo por si acaso, lo que quiere decir que lo vio y lo compró por si acaso tenía que recurrir a él.

Los tirantes parecían extremadamente frágiles, pero eran más que suficientes para sujetar ese poco de nada. El escote llegaba

hasta donde empezaban los pantalones y la tela era tan transparente que apenas ocultaba lo que tapaba.

Si McClain no lo captaba, el próximo paso tendría que ser la desnudez, aunque la diferencia entre estar desnuda y llevar ese pijama era meramente semántica.

¿Qué pasaría si él le daba un beso de buenas noches y se daba la vuelta para dormir como llevaba haciendo todas esas noches? Stacey no creía que su vanidad pudiera soportarlo.

Nerviosa, apartó un poco el pijama y miró la camisa de cuadros y el pantalón vaquero. Se encontraba muy cómoda con aquella ropa. Se fijó en la nadería que sujetaba entre las manos y decidió que no era su estilo en absoluto, pero que daba la medida de su preocupación por ese asunto.

No había oído los pasos de McClain, amortiguados por la moqueta, y cuando habló se llevó un buen susto.

—¿Qué es eso?

Stacey lo miró y las mejillas le ardieron mientras se daba la vuelta y escondía el pijama en la espalda.

—Ah… bueno… nada importante.

Fue hacia la puerta abierta del vestidor y consiguió ocultarse un poco para dejar el trozo de tela.

—Has dejado algo.

McClain pasó junto a ella para entrar en el vestidor y se dirigió hacia el espejo de cuerpo entero. Stacey se volvió y vio que el pantalón del pijama estaba en el suelo delante del espejo. Se tapó la boca con la mano y se agachó para recogerlo, pero él se dio la vuelta y lo levantó para mirarlo, se sintió humillada.

Sin embargo, se sintió algo más que humillada cuando él se rió y fue hacia ella. Además, bajó la mirada y vio la otra parte del pijama.

—¿Y qué es esto?

A Stacey no se le escapaba la exagerada curiosidad del tono de voz mientras se agachaba para agarrar la parte superior del pijama. Ella se retorcía por dentro cuando él se levantó y tardó un momento en encontrar los tirantes y sujetarlos con cada dedo pulgar.

—Es tan fino que puedo verte a través, cariño.

Stacey no podía contener un balbuceo de vergüenza o histeria. Él bajó un poco el cuerpo del pijama y la miró por encima. La

expresión era seria, pero los ojos tenían un brillo burlón.

—¿He estropeado una sorpresa?

Ella consiguió emitir un sonido parecido al chillido de un ratón.

—No… del… todo. —Dio un paso adelante y se lo arrebató de las manos. Abochornada y un poco furiosa, su desesperación se desvaneció.

—Decidí que tenía que ponérmelo para seducirte y dejar de preocuparme por no…

Stacey se calló, espantada de haberlo planteado de aquella manera. Intentó dar marcha atrás.

—Naturalmente, me preocupa que no hayamos hecho el amor. Claro que si se necesita algo tan llamativo para seducirte la primera vez, pues a lo mejor tampoco quiero hacer el amor en esas circunstancias…

Repasó mentalmente lo que acababa de decir y se quedó tan impresionada que tiró aquella cosa al suelo.

—Tampoco quiero decir eso… ¡No sé lo que quiero decir! Salvo que no sé por qué han pasado tantos meses y no… —Hizo un gesto de impotencia con la mano—. Empiezo a preguntarme qué sientes; qué sentimos los dos. ¿Tengo que ganarme algo? Me gustaría saber a qué atenerme; tengo que saberlo. ¿Estamos casados o es una cita eterna y llena de insatisfacción?

La inmovilidad de McClain le cayó como un jarro de agua fría. La rudeza de su cara se había petrificado y sus ojos no tenían nada de burlones. Su mirada era abrasadora y parecía un poco peligroso, casi fiero.

Lo veía en sus ojos cuando se olvidaba de ser civilizado y se convertía en un hombre primitivo… primitivo y *sexy* a más no poder.

Stacey levantó una mano con aire cansino y dejó escapar una risita nerviosa.

—Lo siento. No quería plantearlo de esa manera. Estoy… trastornada. Ilógicamente trastornada y no sé por qué.

—Yo puedo adivinarlo.

Las palabras de McClain parecían más bien un gruñido y Stacey casi se quedó sin respiración.

—No… no me he expresado bien. No he elegido las palabras correctas y me parece que te he dado una impresión equivocada —

balbució Stacey atropelladamente—. No, sé que te he dado la impresión equivocada.

—A mí me ha parecido verdadera.

La voz grave seguía pareciendo un gruñido, pero ella tenía la impresión de que estaba tomándole el pelo y no estaba enfadado. McClain se acercó un poco a ella y Stacey notó que el corazón le daba un vuelco. ¿Miedo? ¿Emoción?

—Bueno… sí y no, pero, sobre todo, no. En cualquier caso, no tiene nada que ver con tu…

McClain sonrió levemente, pero no lo hacía porque le divirtiera, ¿o sí? Stacey retrocedió otro paso. La incertidumbre y la excitación se mezclaban con tanta fuerza que el instinto le decía que saliera corriendo.

Era absurdo. No corría ningún peligro con McClain, pero nunca lo había visto así y no podía estar segura del todo. No sabía cómo manejarlo y eligió la salida que mejor conocía, la cobardía. Stacey se dio la vuelta con toda la calma que pudo para irse hacia las partes más públicas de la casa.

Sin embargo, a esas horas, Connie y Alice ya se habían marchado.

—¿Adonde vas?

Stacey lo miró por encima del hombro y siguió andando, aunque más despacio.

—Al… al salón. Hay un programa de noticias que me apetece ver.

—Yo tengo todas las noticias que le interesan, señorita Stacey.

El gruñido se había convertido en una voz áspera a la que siguió una sonrisa lenta y *sexy* tan lobuna que supo que no podía fiarse de ella.

Tampoco se le ocurría ninguna respuesta coherente y con la mezcla de nervios, tortura, excitación y ansiedad femenina, le resultaba imposible contener una oleada de risitas histéricas.

—No preguntaré de qué noticias hablas, McClain —se atrevió a decir entre risitas, aunque sin dejar de ir hacia la puerta—. Voy a ver la televisión.

McClain dio tres zancadas, la agarró del brazo y la llevó a la cama entre mordiscos en el cuello que hicieron que ella se riera sin control.

Se tumbó junto a ella, la besó en el cuello, le desabrochó la camisa y siguió besándola hasta que las risitas se convirtieron en jadeos de placer y la besó en la boca. Los juegos dieron paso a algo mucho más serio.

McClain levantó la cabeza para mirarla a los ojos nublados y extasiados. Luego miró lo que acababa de dejar al descubierto y levantó la mano para seguir descubriendo más.

Los besos eran más intensos y profundos. Siguió besándola por el cuello y le dejó una marca invisible para reclamar todo lo que él quería. Casi inmediatamente, ella se cimbreaba debajo de él, lo abrazaba y se dejaba arrastrar por la fuerza de sus manos y de sus besos.

La intimidad se estrechaba cada vez más entre ellos y dejaba a la vista un poco más de cada cuerpo, palmo a palmo, jadeo a jadeo, hasta que no quedó nada que los separara.

Cuando ella creía que no podía haber nada más maravilloso, se unieron como el hombre y la mujer se han unido desde el principio de los tiempos y sus almas se elevaron hacia los cielos donde las maravillas eran millones de resplandecientes rayos de placer. Esas maravillas alcanzaron una intensidad casi insoportable que dejó un regusto dulce e inolvidable mientras iban apagándose como fuegos artificiales en el cielo oscuro. El silencio de la habitación era el ideal para apaciguar los corazones y para que la dulzura se apoderara de ellos hasta más tarde, cuando la necesidad reapareciera con toda su exigencia y volvieran a despegar en busca de las alturas.

Los días siguientes fueron los más maravillosos que había vivido Stacey. Había una cercanía especial fruto de la intimidad plena, una comunicación que ella no había podido prever y los hábitos fueron adaptándose a los cambios.

Rara vez se alejaban uno del otro y hacían juntos todo tipo de cosas, entre otras, ducharse y bañarse desnudos en el riachuelo. Hacían románticas escapadas dentro del rancho y se acostumbraron a tumbarse en la parte de atrás de una camioneta en medio del campo para ver las estrellas; eso si no se dedicaban a placeres más intensos.

Lo único que impedía que la felicidad fuera absoluta era que ninguno de los dos, independientemente de la pasión que sintiera,

había confesado su amor como lo hacían todas las parejas del mundo.

Stacey se consolaba con el convencimiento de que McClain la quería porque podía verlo en sus ojos y todo lo que hacía era de hombre enamorado.

Todo era tan perfecto entre ellos que sólo podía deberse al amor. Ella amaba a McClain casi insoportablemente, aunque no le salía decirlo con tantas palabras.

Era un riesgo que flotaba sobre una relación que había nacido por motivos completamente equivocados y que había resultado ser tan extraordinariamente afortunada y tan maravillosamente bendecida que Stacey tenía miedo de que se gafara si decía las palabras «te quiero».

Un día, repentinamente, todas las oportunidades que no había pedido llegaron inesperadamente a su fin.

La llamada telefónica pareció surgir de la nada, aunque ella pronto comprendió que había sido la única en tener esa sensación. Estaban llegando a la casa una hora antes de la hora de la comida cuando Alice contestó una llamada telefónica en la cocina.

—Es para usted, señorita Stacey. Es una conferencia. ¿Quiere contestar en el despacho?

—Sí, ahora mismo voy.

Stacey dejó el sombrero en el perchero del vestíbulo y entró en el cuarto de baño para lavarse las manos. Luego, fue al despacho mientras se preguntaba qué amiga de Nueva York podría llamarla.

—¡Hola! —saludó despreocupadamente.

Sin embargo la llamaba un hombre y no era un amigo.

—¿Señora McClain? Soy el inspector Warren de la policía de Nueva York y tengo algunas noticias sobre su asunto.

Stacey tardó un rato en asimilar lo que había oído. ¿Noticias? Se sentó en la silla giratoria que había detrás del escritorio.

Afortunadamente, estaba sentada, porque las noticias no eran buenas, eran maravillosas. Stacey escuchaba atentamente y sin salir de su asombro, tan concentrada que casi no se dio cuenta de que McClain había entrado y se había sentado en una butaca junto al escritorio.

Aun así, su atónita mirada no lo buscó y se fijó en él hasta que el inspector dijo «McClain».

—Iré lo antes que pueda —farfulló antes de colgar.

Se sentía como si la impresión le hubiera arrebatado toda la fuerza del cuerpo. Si hubiera estado de pie, las piernas se le habrían doblado. Stacey se dejó caer contra el respaldo de la silla y repitió mentalmente toda la conversación. Se habría pellizcado si no hubiera querido oír la confesión de McClain.

—¿Contrataste un detective para que buscara a mi estafador?

McClain tenía una expresión sombría.

—Eres mi mujer. Yo tenía los medios para intentar encontrarlo. El procedimiento hace que algunas veces la ley no sea tan eficiente como una investigación privada, sobre todo en el extranjero.

—El inspector Warren dice que tu detective lo ha encontrado y que la policía de Nueva York ha conseguido su extradición de Brasil. También ha recuperado el dinero. No todo, pero más que suficiente.

—¿Cuánto es más que suficiente?

Stacey sonrió aliviada y emocionada.

—Tanto que con una gestión juiciosa habrá poca diferencia entre el estilo de vida que llevaba antes y el que podría…

Se quedó muda. La seriedad del rostro de McClain indicaba que había captado el mensaje con toda claridad, aunque quizá no fuera el que ella había querido mandarle. Asustada, dio la vuelta al escritorio, se arrodilló delante de él y le tomó las manos.

—Sólo significa que no he perdido la fortuna de los Amhearst y que la última Amhearst no está en la ruina. Sigo siendo tu mujer, pero ahora soy tu mujer rica.

—Todo lo que yo tengo es tuyo, Stacey, y lo fue desde el día qué nos casamos —afirmó él solemnemente—. Ayer ya eras rica, multimillonaria. Hoy, eres más rica todavía. La diferencia real es que si hoy tienes dudas o quieres replanteártelo, no tendrías que esperar al divorcio para volver a vivir como siempre has vivido.

Stacey miraba su cara sin saber qué había dicho o hecho para que él dijera eso. Estaba emocionada, aliviada y casi entusiasmada por las noticias, pero no se atrevía a demostrarlo porque en los ojos de él no veía ni alivio ni entusiasmo, sino cierto desencanto y un poco de resignación.

Estaba pensando una forma de preguntárselo cuando él le tomó la mano y sonrió.

—¿Cuándo crees que podrás irte a Nueva York?

La sonrisa la despistó porque indicaba cierta expresión y eliminaba el desencanto. Ella también sonrió con cautela.

—En cuanto me duche y meta algunas cosas en la bolsa. ¿Cuánto tardarás tú?

Él negó con la cabeza.

—Mañana tengo que ir a esa feria. Tendré que pasar dos días en Fort Worth. Luego está el consejo de administración de McClain Oil y no puedo perdérmelo.

—Entonces, esperaré.

La sonrisa de él se convirtió en una mueca y volvió a negar con la cabeza.

—Me subiría por las paredes si supiera que estabas esperándome. Puedo tomar un vuelo a Nueva York dentro de unos cuatro días, si sigues allí.

—No quiero ir sin ti.

—Y yo tengo que hacer esas cosas, cariño —se inclinó hacia delante y le tomó las dos manos—. Tienes que ocuparte de todo. Que tu abogado pague lo que ha hecho. Además, también tienes que conseguirte otro abogado. Nuestro abogado puede decirte cuál es el que te conviene en Nueva York. Le llamaré y le pediré una lista mientras haces la maleta.

Stacey le tomó la cara entre las manos.

—Oren… no tengo palabras para decirte lo agradecida que estoy por lo que has hecho. Si no hubieras contratado a alguien… Incluso si las autoridades lo hubieran encontrado, quién sabe cuándo hubiera recuperado el dinero.

McClain sonrió levemente y ella captó cierta tristeza, aunque no fuera evidente.

—El único agradecimiento que quiero es que vuelvas a casa cuando todo esté organizado.

—¿Adonde iba a ir?

Lo besó con ganas de convencerle de que eso no había cambiado nada entre ellos y de que lo único que quería era volver al rancho con él.

Después del beso, McClain la mandó a hacer la maleta mientras él llamaba a las líneas aéreas. Stacey dio por supuesto que no conseguiría un billete de avión hasta última hora del día, pero

después de ducharse y de meter algo de ropa en la bolsa, comieron algo y tomaron la avioneta.

Llegaron a San Antonio con el tiempo justo para facturar el equipaje y darse un beso de despedida. Una vez en el aire, Stacey se sintió fatal. Tenía motivos porque sabía que lo último que tenía que haber hecho era irse a Nueva York sin él.

Capítulo 10

Todas las buenas acciones tenían recompensa. Oren pensó que su acción tampoco había sido tan buena y que en parte lo había hecho por su propio interés. Efectivamente, había contratado a uno de los mejores detectives internacionales, pero las primeras pistas tardaron el tiempo suficiente en confirmarse como para que, gracias a su deseable mujer, Oren no fuera capaz de contenerse en sus planes privados.

Si esperó para hacer el amor con Stacey, fue por esas primeras pistas tan prometedoras. Si ella podía recuperar el dinero, él consideraría que lo acertado sería esperar a que ella supiera con certeza lo que quería hacer.

La idea inicial de mimarla quedó fuera de lugar y por eso se propuso ser más escrupuloso con lo demás. Sin embargo, el tiempo fue pasando hasta que se la encontró dispuesta a seducirlo.

Tenía que haberle dicho lo del detective desde el principio, pero no quería que ella se hiciera ilusiones. Haberse arruinado había sido muy doloroso para ella y existía la posibilidad de que no recuperara un céntimo. Por eso no quiso someterla a una tensión innecesaria. Ya había tenido bastante con la investigación policial.

En cambio, ella había aceptado la idea de rehacer su vida con él. ¿Lo habría hecho si hubiera sabido que existía la posibilidad de que recuperara su forma de vida anterior? Quizá se hubiera interesado por el rancho porque creía que no tenía a donde volver, pero se había adaptado a todo tan rápida y entusiastamente que él, egoístamente, no quiso estropearlo.

Él había acabado cediendo y haciendo el amor con ella, pero no le había confesado sus sentimientos. Si ella recuperaba el dinero y lo dejaba, él por lo menos conservaría algo de orgullo. Además, estaba seguro que ella no le ocultaría una confesión de amor y su silencio en ese aspecto era muy significativo.

Ella le había dicho muchas cosas cariñosas con la palabra «gustar». También solía decirle que podría enloquecer por un hombre como él. Stacey tenía muchas formas de decir las cosas, pero nada se aproximaba a una declaración de amor.

Estaba claro que ella tenía una segunda oportunidad. Sin embargo, si una promesa, un anillo de boda y unas relaciones sexuales maravillosas no eran suficientes, entonces, unas palabras de amor tampoco lo serían.

Para ser un hombre que dirigía diestramente un par de pequeños imperios y que solía tomar más decisiones acertadas que equivocadas, tenía que reconocer que no se había cubierto de gloria en lo que se refería a su mujer y a su matrimonio.

Sin embargo, él ya había hecho todo lo que estaba en su mano. Ya había corrido suficientes riesgos y se había equivocado todas las veces que iba a hacerlo. El resto dependía de su mujer.

Nueva York le pareció grande, ruidoso y bullicioso. No le importaba el tamaño, pero el ruido y el trajín de gente le llamaban la atención después de ese tiempo en Texas. La batalla por conseguir un taxi la desesperaba. En el rancho se montaba en un vehículo e iba donde quisiera, lo dejaba aparcado en la calle, nada de aparcamientos, y casi no había tráfico.

En Nueva York había rejas en las ventanas, sistemas de seguridad muy complejos, alarmas en los coches, puertas de acero y detectores de metales. En casa de McClain no había ni una puerta con pestillo y las llaves de todos los vehículos estaban siempre puestas.

El rancho era un lugar inmenso, escasamente poblado, donde los vaqueros se tocaban el borde del sombrero en señal de respeto, la llamaban señora McClain y todo el mundo era franco y amigable.

En Nueva York no tenían cabida las puertas sin pestillo ni los incautos ni las personas demasiado abiertas. Todo el mundo tenía prisa y estaba demasiado tenso como para darse cuenta de los encantos que son corrientes en los pequeños pueblos de Texas.

Ella no recordaba haberse sentido impaciente y crispada cuando había vivido allí. Le encantaba la energía y vitalidad de la gran ciudad y todo le parecía interesante y lleno de vida.

Le sorprendió darse cuenta de lo abrumador que era todo. El sol no brillaba y no era sólo por los edificios gigantescos. Podía notar el humo, pero a lo mejor le parecía exagerado por contraste con el aire limpio, aunque a veces un poco polvoriento, de Texas.

En general, todo lo que antes le resultaba conocido y adorado, en ese momento le parecía raro e incomparable con su vida en el rancho.

Stacey tampoco se encontró mucho más cómoda con sus amigas. Se sintió como si hubiera entrado en un universo desconcertante. Ya no le interesaban nada esas cosas. Ya no le interesaban las exposiciones ni la última colección del modista de turno ni los éxitos de Broadway. Le interesaban más los caballos, las ferias de ganado y la lluvia, lo cual, era más que sorprendente.

Además, había empezado a pensar en los hijos. La imagen de un niño o una niña morenos se le presentaba con cierta frecuencia y le emocionaba la idea de una familia. Por lo tanto, cuanto más tiempo estaba en Nueva York, más convencida estaba de que quería criar a sus hijos en el rancho y de que nunca los mandaría a un internado como habían hecho con ella.

Se quedó impresionada al darse cuenta de lo lejos que había llegado con sus planes. Sobre todo, cuando llevaba cinco días en Nueva York y McClain tenía que aparecer todavía. Su excusa de que no podía dejar las cosas que tenía que hacer le parecía más endeble cada vez que pensaba en ella.

Al principio se sintió un poco ofendida, pero cayó en la cuenta de lo que podía estar pasando y se tranquilizó. No había hablado con él desde el día anterior y ya no lo haría hasta que lo viera.

Lo que la mantenía en pie era el profundo deseo de volver a estar con él y de aclarar un par de cosas entre ellos. Eso y la idea de los hijos.

Ya había hecho todo lo que tenía que hacer en Nueva York. En cuanto pudo, tomó un taxi y recogió el equipaje del hotel.

Oren había tenido un día de perros con un caballo. Luego volvió a casa, se duchó, cenó solo y salió a una reunión de ganaderos. Los problemas con el caballo eran culpa suya. Estaba demasiado

distraído para tratar con un animal tan poco dócil y al final había tenido que dejarlo para no estropear lo poco que había avanzado.

Había intentado hablar con Stacey durante todo el día, pero en el hotel le dijeron que lo había dejado esa mañana. Quizá hubiera decidido quedarse con alguna amiga. Había intentado localizarla en el teléfono móvil, pero le salía el buzón de voz.

Quizá tuviera que acostumbrarse a no tenerla a su disposición siempre que quisiera. No sabía cómo le había ido con sus amigas porque ella no le había contestado cuando se lo había preguntado. Parecía más interesada en hablarle de sus asuntos. Naturalmente, también podía deberse a que él tampoco le había hablado de lo que había hecho cuando volvió de la feria de ganado y del consejo de administración. No había mentido realmente sobre lo de no haber podido ir a Nueva York el día anterior, pero la excusa de la reunión de ganaderos había sido muy mala.

Los dos se escabullían y eso era muy significativo para él. No era una buena señal. Estuvo a punto de llamar a las líneas aéreas para saber si había tomado un billete para Texas, pero decidió que eso era ir demasiado lejos. No iba a espiarla. Si ella no quería decirle lo que hacía, no lo haría. Igual que podía quedarse con él para siempre si quería. O no.

Cuando llegó a la solitaria casa después de la reunión, eran más de las nueve. Al entrar en el vestíbulo, vio un papel en el borde de la mesa y otro en el suelo junto a la pata. Se acercó para dejar el sombrero en la mesa y cuando fue a recoger los trozos de papel comprobó que al lado de ellos había un pétalo de rosa. En el primer papel estaba escrita la frase: «Él me ama».

Sonrió de emoción y la tensión de su cuerpo dio paso a una embriagadora sensación de placer. Stacey estaba en casa. Se agachó para recoger la segunda nota y el pétalo: «Él no me ama». Se le borró la sonrisa de los labios. Se levantó para mirar por todo el vestíbulo. Podía ver más papeles y pétalos por la moqueta. Dejó los dos primeros papeles y pétalos encima de la mesa y fue a ver adonde llevaban los demás.

«Él me ama»; «Él no me ama»…

Era el típico juego de enamorados sólo que con pétalos de rosa en vez de con una margarita. Oren se moría de ganas por verla, pero intentó resistir el impulso de dejar el rastro de pétalos y

papeles para ir directamente al dormitorio.

Sabía que la encontraría allí, pero ella se había tomado aquella molestia —¿cuánto habría tardado en hacer todos los papeles?— y él haría todo lo que ella quisiera. No iba a estropeárselo a ella ni a él mismo.

Le costó más de lo que se había imaginado. Tuvo que recorrer toda la casa, del salón al vestíbulo y al ala este. Él ya había captado perfectamente el mensaje. Stacey no sabía si él la amaba y esa cantidad de pétalos y mensajes indicaban una preocupación casi infinita con ese asunto.

La dicha que sentía no se parecía a nada que hubiera sentido en su vida, pero aumentó cuando dio la vuelta a la esquina del pasillo y vio una luz tenue en el dormitorio.

Stacey estaba tumbada boca abajo en la cama y rodeada de un montón de pétalos de rosa. Ella se apoyaba en los codos mientras arrancaba pétalos de una rosa. No podía oírla, pero sí podía leer sus labios.

Oren se acercó lentamente y ella levantó su mirada azul. El olor de las rosas era especialmente intenso. El camisón de seda que llevaba puesto era nuevo y el escote era tan profundo que no veía dónde acababa. Tampoco le importaba nada no verlo porque con lo que veía estaba más que satisfecho.

Stacey se sentó en los talones y lo miró con una sonrisa.

—¿Has recibido mis mensajes?

McClain se tumbó de costado a través de la cama. Los pétalos que aplastó dejaron escapar un olor más fuerte todavía. Se apoyó la barbilla en un puño y la miró.

—Todos y cada uno, cariño. —Stacey percibió lo ardiente de su mirada—, pero ya no sé por dónde vas con los pétalos.

Stacey hizo un esfuerzo para no arrojarse en sus brazos. Hasta ese preciso instante no se había dado cuenta de lo muchísimo que lo había echado de menos.

Cada segundo que había pasado lejos de McClain había sido un esfuerzo para no volverse a Texas. Tenía que resolver un asunto y se había prometido ocuparse de sus cosas, al precio que fuera.

Necesitó más dominio de sí misma para llevar a cabo ese pequeño juego romántico. Había esperado mucho tiempo y no iba a dejar que ninguno de los dos soltara el anzuelo hasta que hubieran

terminado.

Sobre todo, cuando su matrimonio ya no tenía nada que ver con el dinero. Decidió que había sido una suerte que ninguno de los dos hubiera dicho aquellas palabras, especialmente ella, porque cuando se declarara, McClain estaría seguro de que lo hacía por verdadero amor.

Ella ya sabía que todo lo que McClain había hecho desde el principio había sido por amor, aunque no lo hubiera dicho con palabras. ¿Las diría en ese momento?

El anhelo de que él lo abrazara hizo que diera un paso hacia el premio.

—No estoy segura de que importe mucho si el pétalo dice que me quieres o no —dijo ella con calma.

—Seguro que sí importa —replicó él antes de agarrar la rosa intacta que había junto a ella.

Se la acercó para olerla, la miró cuidadosamente para elegir un pétalo y lo arrancó. Clavó los ojos en los de ella.

—Ella me quiere.

Tiró el pétalo entre los dos y arrancó otro.

—Ella no me quiere.

La tiró por encima del borde de la cama como si lo despreciara y Stacey dejó escapar una risita nerviosa.

Lo repitió con todos los pétalos hasta que quedó uno.

—Éste debería predecir y asegurarme que vas a decirme que me amas. Como el último tuyo predice y asegura que yo voy a decirte que te amo —dijo Oren con una sonrisa—. Yo sé que el último pétalo que tienes en la mano dice que te amo, así que terminaste con el pétalo acertado.

Stacey sintió una oleada de emoción. Ese juego tan tonto había resultado ser, casi, una declaración.

Sin embargo, ella sabía que el último pétalo de Oren decía que ella no lo amaba e intentó que eso no empañara la diversión.

Oren se rió, como si supiera lo que estaba pensando ella.

—Estoy seguro de que has seguido lo que decían los pétalos y, desde donde estás sentada, parece que este pétalo dice que no me quieres. Supongo que estás decepcionada, a no ser que sea verdad que no me quieres…

—Oren… ha sido una bobada, una forma de empezar algo. No

importa cuál sea tu último pétalo porque te amo y llevo mucho tiempo esperando para decírtelo.

Apartó la rosa para acercarse a él, pero McClain levantó la mano para detenerla.

—Mira, cariño —levantó la rosa con el único pétalo para que ella lo viera mejor.

Ella comprobó que el último pétalo no lo era en realidad y que había dos. Estaban tan juntos que parecían uno. McClain había estado tomándole el pelo.

—Ella no me quiere —dijo mientras tiraba uno de los pétalos fuera de la cama—. Ella me quiere —arrancó el último pétalo y se lo guardó en el bolsillo de la camisa antes de tirar el tallo al suelo —. Ahora, arranca ese pétalo que también dice que me quieres y guárdalo en el bolsillo con el mío.

Stacey arrancó el último pétalo y tiró el tallo con la esperanza de que cayera junto al de McClain. Luego, se acercó a él para guardar el pétalo en el bolsillo de su camisa y, entonces, él apretó la mano de Stacey contra su pecho.

—Estoy enamorado de ti, cariño, y lo he estado desde la primera vez que te vi, cuando entré en aquella fiesta tan ostentosa en Nueva York y alguien me presentó a una rubia preciosa. Ella me miró a los ojos, extendió su gélida mano, sonrió y dijo: «Bienvenido a Nueva York, señor McClain». Me enamoré perdidamente —le tomó la mano y se la besó sin dejar de mirarle a los ojos—. Sigo enamorado de ti, mi amor, y creo que siempre lo estaré.

A Stacey le escocían los ojos, pero no podía hacer otra cosa para contener las lágrimas.

—Oren… te amo. Estaba tan emocionada… esa noche. No había conocido a nadie como tú. Ahora creo que me enamoré de ti en ese momento, pero no creía en el amor a primera vista y estaba espantada y abrumada por lo que sentía.

No podía evitar las sensaciones que se apoderaban de ella, sensaciones que eran una mezcla de amor y felicidad con un toque de remordimiento por haberlo rechazado la primera vez que le propuso que se casara con él.

—Me sentí fatal por rechazarte la primera vez y luego volviste cuando yo necesitaba a alguien y sabía que no me merecía una segunda oportunidad. Yo sabía que me gustabas, pero no me

permitía sentir lo que sentía de verdad. No podía olvidar lo mucho que me impresionabas y aun así fui capaz de tomar la decisión, fría y egoísta, de permitir que me rescataras —notaba que los ojos le rebosaban de lágrimas de felicidad—. Quizá lo que me abrumaba fuera la presión de lo que sentía por ti, porque cuanto más me dejaba llevar por lo que sentía hacia ti, menos abrumada me sentía —esbozó una sonrisa vacilante—. Te quiero muchísimo, Oren, muchísimo, pero… —dejó que el silencio se espesara unos instantes —. Empiezo a preguntarme si vamos a dejar de hablar de una vez y vas a besarme. Hace años que no estoy en tus brazos.

La sonrisa se borró repentinamente del rostro de McClain.

—Creía que nunca iba a llegar a esa parte, señora McClain.

Se abrazaron y empezaron a rodar entre pétalos de rosas mientras se devoraban con besos hasta que Oren se separó, soltó una maldición y se quedó quieto. En el camino había perdido casi toda la ropa. Stacey sólo podía perder el liviano camisón y hacía rato que había desaparecido por el borde de la cama.

Oren se soltó de ella y se llevó la mano a la espalda. Un segundo después levantó el tallo de la rosa que Stacey creía haber tirado al suelo y la miró con un brillo burlón en los ojos entrecerrados.

—Recuérdame que mire bien el suelo cuando te lleve en brazos a la ducha dentro de un rato.

Volvió a besarla y pasó mucho tiempo antes de que los dos pensaran en otra cosa que no fuera darse placer el uno al otro.

Tendrían por lo menos cincuenta o sesenta años de noches como ésa, pero sólo pasaría un mes antes de que empezara a sentir mareos por la mañana. Cuando se dieron cuenta del motivo, echaron cuentas y comprendieron que aquella noche había sido el principio de otra cosa maravillosa entre ellos.

La felicidad pudo haber sido completa cuando llegó el primer hijo, pero con los años aprendieron que los límites de su felicidad iba a ampliarse cada dos años aproximadamente hasta que tres niños morenos entraron en sus vidas.

Luego, llegó la sorpresa de la niña, que nació cuando el menor de los niños empezaba a ir al jardín de infancia. En el preciso momento que la enfermera la dejó en los brazos de su padre, se pudo notar que era la niña de sus ojos.

FIN



Susan Fox se crió con su hermana, Janet, y su hermano, Steven, en una superficie de cerca de Des Moines, Iowa, donde, además de gatos y perros callejeros había dos caballos y ponis; su mascota favorita y confidente era Rex, su marrón y negro caballo castrado pinto.

Susan ha criado a dos hijos, Jeffrey y Patrick, y actualmente vive en una casa que ella riendo refiere como el relleno sanitario y depósito de libros. Ella escribe con la ayuda y el estorbo de cinco traviesos felinos de pelo corto: Gabby, un hablador carey percal; Buster, un sólido de león amarillo con patas blancas y las marcas faciales, y su hermana, Pixie, un calicó tricolor; Toonses, una regordeta negro y negro, y el diabólico alegremente, juguetona tigre negro Eddie, también conocido como amante de Eduardo.

Susan es una fan bookaholic y cine que ama vaqueros, rodeos, y el oeste de Estados Unidos, el pasado y el presente. Ella tiene un gran interés en contar historias de todo tipo y en la política, y ella dice los dos son a menudo intercambiables.

Susan le encanta escribir caracteres complejos en situaciones emocionalmente intensas, y se espera que sus lectores disfrutan de sus historias rancho y son elevados por sus finales felices.

Sitio web oficial: http://www.susanfox.org/